



DG  
A

# EL DOS DE MAYO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. MANUEL SANTANA,

DON FRANCISCO DE PAULA MONTEMAR

Y

D. CEFERINO SUAREZ BRABO.



N.º 84.

SALAMANCA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL HOSPICIO.

1868.



R. 63230

t. 84809

C. 1100676

EL ROS DE AYAJU

ESTADO DE AYAJU

Imprenta de los señores

D. MANUEL SANTIAGO

DON FRANCISCO DE PAULA MONTENEGRO

D. PEDRO JUAN DE AYAJU



ESTADO DE AYAJU

1888

PERSONALES

ELIEN

ROSA

DAON

Esta obra es propiedad de DON JOSE GARCIA DE SOLIS, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 3 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legitimos.

UN HOMBRE DEL PUEBLO  
UN HOMBRE DEL PUEBLO  
UN HOMBRE DEL PUEBLO

SOLDADOS—PUEBLO

## PERSONAJES.

---

ELENA.

ROSA.

DAOIZ, *Capitan de artillería.*

VELARDE, *idem.*

D. PEDRO, *gobernador del parque de Monteleon.*

BARBIERI, *teniente italiano al servicio de España.*

PIETRO, *espía.*

EL TIO REMACHA.

MANOLO.

EL TIO ROMERO.

PISTON, *asistente francés.*

VERDULERA.

CARNICERA.

UN HOMBRE DEL PUEBLO.

UN ORDENANZA.

UN SARGENTO.

SOLDADOS.—PUEBLO.

## ACTO PRIMERO.

Sala de paso en el parque de Monteleón. Cinco puertas: la que hace frente a espectador, de cristales. Mesas y sillones.

### ESCENA PRIMERA.

ELENA.—ROSA y DON DIEGO, que salen por la primera puerta de la izquierda. Es de noche. Rosa viene delante alumbrando con una bugía.—DON DIEGO conduce de la mano á ELENA que parece triste y preocupada.

DIEGO. En breve mi voluntad  
sabrás, y entonces...

ELENA. No espero  
de vos ningún desafuero.

DIEGO. Solo en tu felicidad  
pienso.

ELENA. Mi amor sin embargo...

DIEGO. No se viene á lo que es justo.  
Por correr tras de su gusto,  
las niñas no se hacen cargo  
de que Dios ha relegado  
en los padres el poder,  
para dar á la mujer  
marido según su agrado.  
Y de acceder Dios me guarde  
á ese amor que te encapricha.

ELENA. Pero Velarde...

DIEGO. ¿Qué dicha  
te prometes con Velarde?

ELENA. De su talento, experiencia  
no teneis?

DIEGO. Un militar  
solo en saber pelear  
debe demostrar su ciencia.  
Tan sábio como discreto  
le juzgo: mas no es lo mismo  
que luchar con heroísmo,  
guardar prudente un secreto.  
Cuando el francés insolente  
triumfa y goza en nuestro agravio,  
para tí un marido sábio  
no quiero, sino un valiente.  
Quiero un bravo militar  
que sabiendo amar, no menos  
morir sepá entre los buenos  
si tocan á pelear.  
¿Y daréte á quien no tiene  
ni un miserable rasguño?  
Por vida del rey D. Nuño,  
que no ha de ser, aunque pené  
bajo el látigo de un bey,  
mi yerno ni tu marido,  
quien su sangre no ha vertido  
por su Dios ni por su Rey.

ROSA. Buena razon.

ELENA. (Arrojándose á sus pies). Padre amado!

DIEGO. Qué estoy mirando? (A Elena).

(A Rosa). Qué escucho?

Elena?... Rosa?... Ya mucho  
me teneis puesto en cuidado.

Por qué, responde, á mis plantas  
te arrojas? (A Elena).

ELENA.

DIEGO.

Padre!

(A Rosa). Por qué

tan allá tu lábio fué,

que á criticar te adelantas

mis palabras? Graves males

me dais á entender las dos;

porque estas son, vive Dios,

de complicidad señales.

Yo, señor...

ROSA.

DIEGO.

Silencio, y sal

de aquí al momento.

(Rosa hace un gesto de desagrado; deja la luz sobre una mesa y  
váse).

## ESCENA II.

DON DIEGO.—ELENA.

DIEGO. Ahora, Elena,  
la causa que te enagena  
quiero saber. Pesia tal!  
que tanto llorar me enfada!  
Y por qué?

ELENA. Mi amor...

DIEGO. Ni un punto

se trate ya de este asunto.

Dije que no, y no me agrada

que se nombre en mi presencia

otra vez al Capitan.

ELENA. Lc haré así, mas que este afan

ponga fin á mi existencia.

DIEGO. ¡A tu existencia! Al infierno

antes vaya tu pasion:

á vencer tu corazon

no basta mi amor?

ELENA. Eterno

el volcan que en mis entrañas

arde, extinguirse no puede,

si antes mi vida no cede.

DIEGO. Me sorprendes y te engañas.

Nunca en tus lábios he oido

palabras tan altaneras.

¿Qué felicidad esperas,

Elena, dando al olvido

la obediencia que á tu edad

exige la inespериencia?

ELENA. Y daráme esa obediencia

tal vez la felicidad?

DIEGO. Elena!

ELENA. Padre!

DIEGO. Por grados

mi dolor crece y mi furia:

¿cuándo á mirar tal injuria

mis ojos acostumbrados

están?

ELENA. Profundo respeto

me merecis; padre mio.

No os injurie si os confio

de mi pesar el secreto...

Ya no es tiempo de callar...  
Adoro á Velarde.

**DIEGO.** Elena!  
**ELENA.** Esas, señor, de mi pena

son las causas.  
**DIEGO.** ¿Y escuchar  
pude hasta el fin tus acentos?

**ELENA.** Y es el padre que te adora,  
quien por tí sufre, traidora,  
con tan libres pensamientos?  
¿Y no temeis mi furor?

**ELENA.** Teneis á todo derecho;  
á todo; mas no del pecho  
para arrancarme mi amor!...

**DIEGO.** Hija del alma, mi pena  
mira, y mi mal compadece.  
Respuestas de tí merece  
tan duras tu padre, Elena?

**ELENA.** Ya os he dicho cuanto siente  
mi alma!

**DIEGO.** Basta; sería  
rogarte mas, cobardía...  
Yo buscaré al imprudente  
que á mi amor y á mi obediencia  
te roba.

**ELENA.** Padre querido!  
sola yo culpable he sido,  
dando sin vuestra licencia  
mi amor á Velarde.

**DIEGO.** Dios  
sabrà quien es el infiel...  
Mas ay de tí! Ay de él!  
Infelices de los dos!  
Nunca á verle volverás...  
Y mañana...

**ELENA.** (Aparte). Cielo santo!

**DIEGO.** Mañana con nudo santo  
serás de otro hombre.

**ELENA.** (Vase por la puerta primera de la izquierda).  
(Levantándose con resolución). Jamás.

### ESCENA III.

**ELENA,** sola.

De otro hombre? El alma mía  
nunca á mi amor será infiel!

Infiel, cuando adoro en él  
con violenta idolatría.  
Nunca Velarde existir  
podré lejos de tu lado!  
Mi presente y mi pasado  
es tuyo y mi porvenir.  
Si de aquí te arrojan, no,  
no irás solo; si es tu suerte  
correr por mí hácia la muerte  
delante de ti iré yo.  
Y si en mil trozos partido  
pierde mi pecho su calma,  
en cada trozo del alma  
irá tu nombre esculpido!  
Tuya ó de nadie!... Mas!... Cielos!..  
no he recibido un papel  
bastante á poner con él  
fin á mis tristes desvelos?...  
Aquí está. (Lo saca y lee).

«Quien por vos siente  
la mas viva simpatía  
en libertaros confia  
del riesgo mas inminente.  
Si mayor revelacion  
quereis lograr, que el postigo  
dé hoy paso franco á un amigo  
que os verá en Monteleon.»  
Harto mi mal presintió  
quien tal carta me ha enviado!  
Harto pronto realizado  
miro el mal que me anunció!  
Mañana (en tono resuelto  
dijo mi padre) serás  
de otro hombre... Ah! no, jamás?  
Pues que Velarde no ha vuelto  
desde la pasada tarde  
al parque, mi obligacion  
es en tan fuerte ocasion  
luchar por mí y por Velarde.  
Hablar á un hombre en secreto  
para mí desconocido  
yerro es tal vez... pero olvido  
de este paso lo indiscreto,  
cuando sin cesar me grita:  
mi pecho con voz tirana:  
*de otro hombre serás mañana.*  
Rosa? Rosa?

ROSA. (Saliendo). Señorita?

## ESCENA IV.

ELENA.—ROSA.

- ELENA. Rosa, me amas?  
ROSA. Me gusta  
la pregunta!... Con mi vida.  
ELENA. Y podré mi confianza  
poner en tí?  
ROSA. Cosa es fija...  
ELENA. Mi padre...  
ROSA. Si á revelarme  
vais que se opone á la dicha  
de vuestro corazon, podeis  
ir mas allá, Señorita.  
Lo sé.  
ELENA. Cómo?  
ROSA. Fácilmente.  
Quedándome quietecita  
tras de esa puerta entre tanto  
que D. Diego, lagartijas  
y sapos y culebrones  
echaba por las encias.  
Ahora bien. ¿Qué hacer pensais?  
¿Para qué fué mi venida?  
ELENA. Rosa, tu eres mi hermana  
de leche.  
ROSA. Buena noticia:  
Diez y ocho años y meses  
há que lo sé, Señorita.  
Pero hermana, criada ó diablo  
que por vos diera la vida  
para qué puedo serviros?  
ELENA. Es necesario... Me quita (Aparte).  
el rubor la confianza.  
ROSA. Qué es ello? Dar una cita  
al Capitan mientras tanto  
que el viejo pasa revista  
mañana á los voluntarios  
del Estado?  
ELENA. No.  
ROSA. De vigía,  
estar mientras que mañana  
del Capitan la visita  
recibis?  
ELENA. No.  
ROSA. O emborrachar

al portero... ó en la cocina  
cuidar de que la tía Blasa  
no se mueva de la hornilla?  
ELENA. Nada de eso... Es que esta noche...  
ROSA. ¡Ola! esta noche?

ROSA. Quería...  
ROSA. Escribir al Capitan  
lo que ha dicho el estantigua  
de vuestro padre? Lo apruebo.  
Escribid. La cuenta es mia  
de que llegue á su destino  
la carta.

ELENA. Para mas crítica  
comision te he destinado.  
ROSA. Mandad.

ELENA. Rosa, me precisa  
ver esta noche aquí á un hombre.

ROSA. A un hombre?  
(Aparte). Al diablo mi cita  
se fué ya.

ELENA. Si: á un amigo.

ROSA. Por supuesto: ¿quién había  
de ser sinó el Capitan?  
(Aparte). Menos malo! el que de vista  
conoce ya á mi Manolo  
aunque lo encuentre...

ELENA. ¿Te admira  
mi resolucion? Pues mucho  
mas lo harás cuando te diga  
que no es el Capitan á quien  
vas á franquear la antigua  
puerta del parque.

ROSA. Qué oigo!

ELENA. Toma esta llave. (Dándosela).  
ROSA. (Examinándola). ¡La misma  
que vuestro padre en D. Pedro  
por su lealtad deposita!

ELENA. Así al marchar, en mis manos  
dejó nuestras entrevistas.  
Con ella franco el postigo  
has á un hombre, que en la esquina  
debe encontrarse aguardando...  
Traele aqui.

ROSA. Mas, Señorita!..

ELENA. Si me amas obedéceme.

ROSA. Yo os amo, pero...

ELENA. Replicas?

ROSA. Pobre Manolo! Hoy te vas (Aparte.)

ELENA. como viniste. Mi vida  
pende de tu diligencia...  
ROSA. Siendo así ya no vacila  
mi amor... Voy por ese hombre.  
Mi audiencia será otro día.  
(Váse por la segunda puerta de la derecha del actor.)

## ESCENA V.

ELENA, escuchando por la puerta de la escalera.

Ya se aleja... De sus pasos  
ningun rumor hasta arriba  
llega ya... Desgracia ha sido  
que en circunstancias tan críticas  
los consejos de Velarde  
me falten. Quizás con ira  
mi resolución condene!  
Mas ¿qué importa? si la dicha  
así aseguro de ambos,  
y es toda la gloria mía?

## ESCENA VI.

ELENA.—VELARDE, que sale por la segunda puerta de la izquierda.

VELARDE. ¿Elena?  
ELENA. Cielos, Velarde!  
VELARDE. Te asombra, Elena, mi vista?  
ELENA. No, Pedro, no, en tu presencia  
mi pecho de amor palpita  
se anublan mis ojos, tiembla  
de placer el alma mía,  
pero ocultarte no puedo  
que ausente te suponía  
de Monteleon.  
VELARDE. Tu padre  
me entregó esta tarde misma  
de una comisión secreta  
las instrucciones precisas.  
A este fin, y á otro que tú  
comprenderás, se me priva  
de volver al parque.

ELENA. Nunca?...

VELARDE. Cuan tú solo lo exijas  
quebrantaré mi obediencia.  
Para eso en tus manos lindas  
puse la llave que hacerme  
puede feliz... y mitiga  
tu enojo si he quebrantado  
hoy esta regla: ¿podias  
recibir de mis desgracias  
de otra manera noticias?  
Mas no sé si revelarme  
contra mi suerte, es justicia,  
pues á mi destino debo  
hoy Elena, la alta dicha  
de pasar toda la noche  
junto á mi bien!

ELENA. (Aparte). Y mi cita?  
Y el hombre que venir debe  
dentro poco?

VELARDE. ¿Qué miran  
mis ojos? La color pierdes!  
tiembblas! ¿Por qué distraida  
te observo? ¿Por qué asi inquieta  
estás? Responde...

ELENA. (Aparte). Perdida  
soy sin remedio. Porque (Alto).  
tengo que darte noticias  
funestisimas. Probemos  
á decirle... (Aparte).

VELARDE. Funestisimas?

ELENA. Mañana seré la esposa  
del hombre á quien me destina  
mi padre.

VELARDE. Cielos!

ELENA. Al menos  
asi en su tremenda ira  
me lo ha anunciado esta noche.

VELARDE. Perderte, Elena, seria  
superior á cuanto puede  
sufrir mi alma.

ELENA. Me animan  
esas palabras... Qué á tanto  
llega tu pasion?

VELARDE. La vida,  
sin ti una pesada carga,  
mi condenacion seria.  
Padre, hermanos, ¿qué me importa  
todo, si de tí me privan?

ELENA. ¿Y á todo te hallas dispuesto?

VELARDE. Ningun poder me intimida,  
ni obstáculo, ni trabajo,  
ni peligro.

ELENA. Pues perdidas  
no llores tus esperanzas.

VELARDE. ¿Qué dices?

ELENA. Lo que te esplica  
mejor esta carta... en ella  
la proteccion mas cumplida  
se nos ofrece.

VELARDE. (Despues de leer). Que yo  
rechazo.

ELENA. Pues no decias  
hace poco?...

VELARDE. Que á vivir  
si es preciso renunciaria  
por tu causa. Pero hay  
en tan misteriosa cita  
promesas que un caballero  
nunca, Elena, admitiria.  
La accion agradezco, mas  
ya que conozco la cifra,  
yo al que ha trazado esta carta  
tus gracias daré y las mias.  
Para defenderte basta  
mi espada. (Guarda la carta).

ELENA. Pero si...

VELARDE. Olvida,  
ya que á todo estoy resuelto.  
todo sobresalto... Mia  
ya ante Dios, ante los hombres,  
pronto mi esposa querida  
serás?

ELENA. Cuando?

VELARDE. Cuando vengan  
otros mas felices dias  
para España.

ELENA. Y entre tanto  
perderme no te intimida?

VELARDE. De un militar español  
otras acciones mas dignas  
aguardo. Sé que tu padre  
con fiero desden me mira,  
porque nunca por mi pátria  
derramé mi sangre altiva.  
Pues bien, con mi sangre quiero  
comprar tu mano divina.

Mientras las tropas francesas,  
como cautelosas víboras  
en el seno de la España  
se introducen, ¿no sería  
vil traición á mis deberes,  
la guerra por tus caricias  
dejar y ver en el cielo  
de tus brazos mi ignominia?

Ah! No. Lucharé. Triunfante  
mi pátria al fin, ó vencida,  
vencedor ó mártir, siempre  
mi gloria á tí me aproxima:  
si muerto, para llorarme;  
y vencedor, siendo mía.

Y por lo que atañe, Elena,  
á esa misteriosa cita  
que te han dado, si me amas  
renuncia á ella y olvidala.

ELENA. Y Rosa que en el momento (Aparte).  
debe llegar.

VELARDE. Alma mía!  
ven junto á mí, mas, mas cerca  
te quiero.

(Se sienta en un sofá á la derecha).

Por hartos días  
no he podido disfrutar  
de tus hermosas pupilas  
la luz.

ELENA. Oh! que sobresalto!

VELARDE. ¿Qué, ya tus labios no anidan  
una palabra amorosa  
para mí?

ELENA. Mi alma y mi vida  
son tuyas; pero...

(Aparte). Imposible  
me es sufrir esta agonía  
por mas tiempo.

VELARDE. Me parece  
que la inquietud que te anima  
crece por grados?

ELENA. Si, Pedro.

Negar lo mentir sería.  
Temo que mi padre venga.

VELARDE. Cuán cruel eres. Me privas  
de tu presencia.

ELENA. No escuchas  
pasos? (Poniendo el oído).

Tal vez se aproxima

- mi padre.
- VELARDE. Ningun ruido  
(Acercándose á la puerta de la izquierda).  
se oye por aquí... Mas fijas  
son tus sospechas... De aquí  
(Acercándose á la escalera).  
viene el rumor. Tranquiliza  
tu espíritu... que esta puerta...  
Cerrada!.. (Se acerca á la segunda).
- ELENA. Virgen divina!
- VELARDE. Pierde el temor. ¿Quién osado  
será á ofenderte á mi vista?  
Yo saldré al encuentro (Se dirige á la escalera).
- ELENA. Ah! no;  
Si amor me tienes, evita  
un escándalo.
- VELARDE. Y pretendes  
quedar espuesta á las iras  
de tu padre?
- ELENA. Tu presencia,  
solo aquí fatal sería  
para ambos.
- VELARDE. Pues entrégame  
la llave.
- ELENA. Cuál?
- VELARDE. Cuál? la misma  
que puse ayer en tus manos. Ella  
me dará fácil salida.
- ELENA. No la tengo aquí...
- VELARDE. Qué advierto?
- ELENA. Huye.
- VELARDE. Y por dónde?
- ELENA. Te olvidas  
de la puerta que da paso,  
desde la antesala misma  
de mi padre, hasta tu cuarto?
- VELARDE. Elena!
- ELENA. Pedro, confía  
en mi amor.
- VELARDE. Yo apuraré (Aparte).  
los misterios de esta cita.  
(Al marcharse por la izquierda).
- ELENA. Duda de mi... Ah! cuán cara  
pago la imprudencia mía.  
(Entra en su cuarto).

## ESCENA VII.

ROSA.—PIETRO embozado. Despues BARBIERI.

ROSA. Aguardad aqui.

PIETRO. Está bien

ROSA. Quien será esta facha indina?

(Al irse por la primera puerta de la derecha).

PIETRO. Cumpliré mis instrucciones.

Lo cierro todo. Enseguida (Hace lo que dice).  
doy tres palmadas y aguardo.

(Dá tres palmadas junto á la puerta de la izquierda).

No ha sido mucho.

(Viendo salir á Barbieri).

BARBIERI. Cumplidas

tienes mis órdenes?...

PIETRO. Sí. (Levantándose).

BARBIERI. Cierro: cerradas se mitan  
las puertas. Dame la carta  
que traes.

PIETRO. Es esta?

(Pietro entrega á Barbieri una carta, que éste abre con avidez).

BARBIERI. La misma

que agüardaba. (Lee). «Desde luego

por mi quedan admitidas

vuestras ofertas. Si logro

que Monteleon se rinda

sin luchar, haciendo vos

que sus jefes se decidan,

á dejarle cien mil francos

será recompensa digna

de este servicio.—Murat.»

PIETRO. Gran golpe! Y de esa crecida  
cantidad, qué me reservas?

BARBIERI. Diez mil francos.

PIETRO. De mi vida

dispon. Pero te prevengo,

que hasta la escalera misma

me vino siguiendo un hombre;

y que á otro vi de vigia

frente al balcon.

BARBIERI. Tus recelos

por vanos, Pietro, disipa.

Toma estos planos: en ellos (Entregándoselos).

doy al general noticias

claras. Así mi proyecto

se logra, aunque no consiga  
echar á Velarde fuera  
del parque, que es mi consigna.  
Y por dónde ahora podré  
salir de aquí?

PIETRO.

BARBIERI.

La vecina  
habitacion, fácilmente  
te dará al patio salida.  
En ella encontrar aguardo  
á Velarde y que me pida  
cuentas de mi carta: mas  
las obtendrá, y bien precisas...  
Vamos.

PIETRO.

BARBIERI.

Al patio?  
Qué te aterran  
las fantasmas que decias  
hace poco? Pobre hombre!  
Tu misma sombra te agita,  
y sin razon. La fortuna  
puede sernos mas propicia?  
Ni un rumor, ni una palabra  
tus temores justifica.  
Todo está tranquilo.

PIETRO.

BARBIERI.

(Se oyen golpes á la puerta de la escalera).  
Cielos!  
Quién á tan intempestiva  
hora será?

PIETRO.

BARBIERI.

Ah!  
Silencio!  
(Suenan golpes en la vidriera del balcon).  
Tambien por aquí?

PIETRO.

BARBIERI.

Justicia  
de Dios!  
Si el miedo no ahogas  
pones en riesgo las vidas  
de ambos.

PIETRO.

DAOIZ.

Santo Dios!  
(Dentro de la escalera). Abrid  
esta puerta ó la hago hastillas.

BARBIERI.

PIETRO.

MANOLO.

PIETRO.

Daoiz es.  
Misericordia! (En el balcon).  
Abreme esta puerta indina.  
Por aquí el otro. Parece  
que el cielo se viene encima  
de nosotros.

BARBIERI.

Si obedeces  
mis órdenes todavia  
me comprometo á salvarte.

PIETRO. Habla.  
BARBIERI. Ven y quedo pisa.  
(Entrase con Pietro por la segunda puerta de la izquierda).

## ESCENA VIII.

DAOIZ y MANOLO.

(En el momento que Barbieri y Prieto se ocultan, saltan á un tiempo las cerraduras del balcon y la escalera, entrando Daoiz y Manolo, éste por el balcon, y aquel por la escalera, embozados).

DAOIZ. ¿Quién vá?  
MANOLO. La misma pregunta quiero hacer al embozado.  
DAOIZ. Por dónde hasta aquí ha llegado?  
MANOLO. Su merced no lo barrunta?  
DAOIZ. Por ese balcon. Y vos?  
DAOIZ. Para qué saberlo intenta?  
MANOLO. Porque aquí, segun mi cuenta, uno sobra de los dos.  
DAOIZ. Yo tengo derecho de estar aquí.  
MANOLO. Y yo.  
DAOIZ. Y en mi poder está el mandaros prender.  
MANOLO. Como yo os puedo matar.  
DAOIZ. Miserable!  
MANOLO. Menos furias y hablemos en paz.  
DAOIZ. Hablemos.  
MANOLO. Al menos así ahorraremos las dudas.  
DAOIZ. Y las injurias.  
MANOLO. Sea cual quereis. Mas si amais la paz, decid de buen grado cómo hasta aquí habeis entrado.  
DAOIZ. Con Rosa?  
MANOLO. De mi os burlais? Quién sino vos con su ayuda franco ha encontrado el postigo?  
DAOIZ. Os juro que no.  
MANOLO. Y yo ós digo que en ello no tengo duda... Traidor y á mas embustero! Vióse mayor desvergüenza? DAOIZ. Ya ni embozado, esa ofensa

- MANOLO. sufrir puede un caballero.  
Soberbia caballería  
será la vuestra. ¿Quién sois?
- DAOIZ. Soy el capitán Daoiz  
del cuerpo de artillería.  
(Con dignidad y desembozándose).
- MANOLO. Mi capitán?
- DAOIZ. Qué estoy viendo?
- MANOLO. Manuel, eres tú?
- MANOLO. Presente. (Cuadrándose).  
Soy vuestro antiguo asistente.
- DAOIZ. Cada vez menos lo entiendo.  
No eras tú, Manuel, responde,  
¿a quien Rosa?...
- MANOLO. No por Dios.  
Y si tampoco erais vos,  
qué pudo ser?
- DAOIZ. Que se esconde  
aquí esta noche un traidor.
- MANOLO. ¿Un traidor?
- DAOIZ. Si por mi nombre.  
En el parque ha entrado un hombre  
con mal fin.
- MANOLO. ¿Contra mi amor?
- DAOIZ. Contra la patria: si nó  
para qué ocultarse es?  
Hace días que un francés  
nos ronda y...
- MANOLO. Entonces yó  
pronto acabaré sus penas...  
Si es francés, mas pedazos  
le he de hacer, que en los ribazos  
hay de los mares arenas.  
Mas pensemos con razón:  
¿ese hombre, no puede ser  
que el amor de una mujer  
le traiga?
- DAOIZ. Mala opinión  
de Rosa, Manuel, te cabe!
- MANOLO. Es capitán, que ese amigo  
ha entrado por un postigo  
de que otro tiene la llave!
- DAOIZ. Del coronel no comprendo  
traición tal!
- MANOLO. Sea enhorabuena.  
Pero de su hija Elena,  
qué os parece?
- DAOIZ. Que ofendiendo

estás, Manuel, á la que amo, aunque ella nunca ha sabido mi pasion!

MANOLO. Perdon os pido por mi culpa. Mas reclamo de vos igual interés hácia mi hermosa chiquilla, honra, gloria y maravilla del barrio de Lavapiés.

DAOIZ. Entonces. ¿Por quién acá vino ese hombre? A qué asunto?

ROSA. Abrid. (Dentro).

MONOLO. Rosa! Ya este punto quien ponga en claro aquí está. (Manolo abre á Rosa la puerta).

### ESCENA IX.

DICHOS Y ROSA.

ROSA. Caballero, mi ama... Ay Dios (Saliendo). ya son dos!

MANOLO. Rosa! (Cogiéndola por un brazo).

ROSA. Manuel!

MANOLO. No tiembles al verme infiel?

ROSA. Conque engañabas á dos?

MANOLO. Yo á dos?

MANOLO. La prueba está clara.

ROSA. A un hombre esta noche aquí no has introducido?

MANOLO. Sí.

ROSA. Tu desvergüenza es bien rara!

MANOLO. Conque tu lábio no esconde?...

ROSA. Que serví á mi señorita?

MANOLO. Por qué?

ROSA. Fué de ella la cita?

MANOLO. De ella.

MANOLO. Vea lo que responde

tu lengua, pues no consiento tal calumnia.

ROSA. Verdad digo.

MANOLO. Y el hombre que está contigo

te podrá decir si miento.

MANOLO. El capitan?

DAOIZ. Disimula. (Aparte á Manolo).

ROSA. Capitan ó coronel,

- pues quien entró ha sido él,  
él dirá si le di bula  
para venir á esta cita...  
Por mas señas que ahora á darle  
las gracias, y á despacharle  
me manda la señorita.
- DAOIZ. Se niega Elena á cumplir  
su palabra?
- MANOLO. Y qué perdemos?  
A caso á la cita hemos  
nosotros de concurrir?
- DAOIZ. Silencio!—Hacerme un favor  
quereis?
- ROSA. Podedisme mandar.
- DAOIZ. Pues á Elena suplicar  
debeis, que me haga el honor  
de escucharme un solo instante.
- ROSA. Lo haré así. (Váse Rosa).
- MANOLO. Poco comprendo  
vuestro plan.
- DAOIZ. Obrar pretendo  
cual soldado y como amante.  
Que un hombre entró aquí es seguro.  
Quién es?... Lo ignoro. A qué vino?  
De adivinarlo, camino  
no encuentro. Pues no me apuro.  
Amante á un tiempo y soldado,  
á un tiempo combinar quiero  
mis deberes de guerrero  
con mi afán de enamorado.  
Pero como no es perdida  
ninguna precaucion, cuando  
puede el traidor peleando  
hallar segura la huida,  
mientras que la lucha empieza,  
por aquí tu de vigía,  
junto al postigo al espía  
no dejes sacar la cabeza.  
Y si al fin das con las huellas  
del traidor...
- MANOLO. Vaya un apuro!  
Si le cojo, hacerle juro  
mas pedazos que hay estrellas.  
(Váse por la escalera, que es la segunda puerta de la derecha).

## ESCENA X.

DAOIZ.

Valor, corazón, valor.  
Si tanto tiempo has callado,  
habla al fin... No es un soldado  
quien debe temblar de amor.  
Pero qué terrible arcano  
voy á descubrir! Será  
para mi amor tarde ya?  
No sé. Mas ya que en mi mano  
está el conocer la historia  
de esa mujer, que es mi vida,  
la leeré, mas que perdida  
llore con mi amor mi gloria.

## ESCENA XI.

DAOIZ.—ELENA.

DAOIZ. Elena. (Saliendo á su encuentro).

ELENA. Oh fortuna! Sois  
vos quien tan alto interés  
se toma por mi?

DAOIZ. Yo soy  
quien tiene á gloria esponer  
por vos su vida, y mil vidas  
que tuviera.

ELENA. Harto lo sé.  
DAOIZ. Que estais diciendo! Mi afecto,  
conocido, Elena habeis?

ELENA. No me lo esplica bastante  
vuestra carta?

DAOIZ. Ah! (Con tristeza).

ELENA. Por quien  
desafiais de mi padre  
las iras?

DAOIZ. Yo?

ELENA. Pronto fué  
verdad vuestro aviso: anoche  
mi padre me hizo saber  
su voluntad.

DAOIZ.

Y vos?

ELENA.

Yo

nunca á la jurada fé  
podré faltar.

DAOIZ.

¡Cielos santos!

ELENA.

Nunca perjura ni infiel  
seré al amor que es mi vida...

DAOIZ.

Callad, Elena.

ELENA.

Por qué?

DAOIZ.

Porque... Ya mentir indigno  
fuera en mi noble altivez.

Por que yo tambien os amo.

ELENA.

Vos?

DAOIZ.

Yo, Elena, yo. Y en mi vez  
al hombre, que temeroso  
de vuestro fiero desden,  
debe á vuestro padre el nombre  
de hijo suyo.

ELENA.

Y esta es

la proteccion generosa,  
con que atraido me habeis?

DAOIZ.

No, yo nunca os he ofrecido  
proteccion, ni yo el papel  
que antes digisteis, he escrito,  
ni quien le ha escrito yo sé.

A un engaño, esta entrevista  
debi! Mas ya que por él  
puedo deciros que os amo,  
que os amo, Elena, sabed.

É imaginad y pedidme  
pruebas de mi afecto cien.

Exigidme sacrificios

inmensos! Ah! si no sé

decir frases amorosas,

sé cual ninguno querer.

ELENA.

Un sacrificio al amante

y al caballero á la vez

quiere pedir solamente.

DAOIZ.

Hablad, pedid, disponed.

ELENA.

Renunciad á ser mi esposo.

DAOIZ.

Jamas... decidme mas bien

que renuncie á la existencia.

Quiero vuestro esposo ser,

y lo seré.

ELENA.

¿Conociendo

que nunca amaros podré?

DAOIZ.

Mi palabra está empeñada;

fio en vuestra virtud, y es

mi amor tan grande, que en vano  
quiero sus lazos romper.  
Compadecedme! Soldado  
siempre desde la niñez  
vuestras órdenes serán  
mandatos que acataré  
como esclavo... Sereis libre...  
lejos de mí vivireis,  
pero al menos la esperanza  
tenga yo de merecer,  
un día, de vuestro afecto  
el inestimable bien.

ELENA. Generoso sois... mas debo  
ser franca por ello: ved  
lo que contesté á mi padre:  
«Arrebatarme podeis  
la vida, mas no del fondo  
de mi corazon, á quien  
lo llena; para arrancarlo  
no hay en el mundo poder.»

DAOIZ. Ni aun así á mi amor renuncio  
ni á mi esperanza...

ELENA. Quereis  
que os aborrezca?

DAOIZ. No, no quiero  
mas que seáis mía.

ELENA. ¡Cruel!

DAOIZ. Injuriadme, maldecidme;  
pero, Elena, no me odieis!  
Mi culpa es solo adoraros!  
y creedme, un interés  
mayor que mi voluntad  
á vos me mata. Pues bien,  
aunque á vuestro amor renuncie  
sereis mía. No ha de haber,  
quien en vos ponga los ojos  
que no caiga ante mis piés;  
y si arrancaros del pecho  
no puedo al que reina en él,  
de los ojos, con su muerte,  
al menos le arrancaré.

ELENA. Callad, callad... si pensais  
que el temor pueda obtener  
lo que al amor ha negado  
triste engaño padeceis.  
Amante, os compadecia.  
Tirano y verdugo es  
mayor vuestro mal... os odio,

os aborrezco.  
DAOIZ. Ah!  
(Cayendo de rodillas delante de Elena)

## ESCENA XII.

DICHOS.—VELARDE Y BARBIERI que salen de pronto por la segunda puerta izquierda.

BARBIERI. (Señalando á Daoiz). Ved.

VELARDE. D. Luis!

DAOIZ. (Levantándose). D. Pedro!

BARBIERI. (Aparte). Ya.

juzgo que Pietro ha de haber bajado.

VELARDE. Decid, Daoiz.

¿Con qué derecho á los piés de Elena, os hallo?

DAOIZ. Y decidme;

¿con qué derecho me haceis esa pregunta?

VELARDE. Por suerte

no habeis llegado á saber que soy su amante?

DAOIZ. Y que yo

seré su esposo tal vez ignorábais?

VELARDE. Su esposo?

DAOIZ. Si por cierto; al coronel debo esta honra, y no pienso

mi dicha á nadie ceder.

Seré su esposo; lo he dicho.

VELARDE. Que me ama Elena sabeis?

DAOIZ. Sé que os ama.

VELARDE. Y sin embargo...

DAOIZ. Mi palabra cumpliré,

lazos hay que no se rompen sino con la vida...

VELARDE. ¡Bien!

Las armas... (Bajo).

DAOIZ. A vuestro gusto.

VELARDE. El sitio?

DAOIZ. El que designeis.

VELARDE. La hora?

DAOIZ. Me son iguales

todas.

VELARDE. Al momento.  
DAOIZ. Me es lo mismo, vamos.  
(Suena un tiro y rumor en el patio).  
ELENA. ¡Cielos!  
VELARDE. Por qué ahora os deteneis?  
(A Daoiz que al oír el tiro se detiene).  
ELENA. Cielos!  
DAOIZ. Porque ahora hacia otra parte me manda al punto correr el honor.  
(Se dirige á la escalera).  
VELARDE. Cómo os marchais?  
DAOIZ. No habeis oído?... Esa fué de un riesgo mas inminente la señal... y en mi honradez mi honor es antes que todo, Dios, mi pátria, y mi deber.  
(Váse por la escalera).

### ESCENA XIII.

ELENA.—VELARDE.—BARBIERI, despues ROSA.

ELENA. Y ahora, qué hacemos?  
BARBIERI. Salir luego del parque. No sé (Aparte). si tengo sangre en las venas. Maldito Pietro!  
VELARDE. Escoger no me es dado ese partido en estos instantes...  
ELENA. Qué á salvarme te resistes?  
VELARDE. No, pero aquí mi deber me retiene.  
ELENA. Dios piadoso!  
VELARDE. Mañana, Elena, tal vez...  
BARBIERI. Mañana ya será tarde.  
(Que ha estado observando por el balcón).  
VELARDE. Qué decís?  
BARBIERI. Lo que vereis. (Llevándole al balcón). Cruzan patrullas... la tropa se forma frente al dintel de la puerta... un peloton

- corre hacia aquí...
- ELENA. Ya no es tiempo... vendrán á prenderte.
- VELARDE. A prenderme á mí? Y por qué? No: te engañas. De esta alarma otra, Elena, debe ser la causa... Los enemigos? Ah! si fuesen! Y al laurel de una victoria segura huyendo renunciaré? No, Elena, no, por mi pátria quiero mi sangre verter. Los franceses! Corro á hacerme digno de tí.  
(Corre hacia la escalera y Rosa sale á su encuentro).
- ROSA. Detened  
D. Pedro el paso ó nos lleva el diablo á todos...
- VELARDE. Pues qué sucede?
- ROSA. Estaba asomada yo hace muy poco al cancel de mi balcon, cuando á un hombre se le antojó aparecer en la escalera secreta que va hasta ese cuarto.  
(Señalando al segundo de la izquierda).
- BARBIERI. (Aparte). El? era Pietro..
- ROSA. Al divisarle un centinela soez le dijo, «quién vive?» Entonces el hombre sin responder volvió grupas, y el soldado soltó un tiro y á la vez púsose sobre las armas todo el mundo. Ya lo veis. Al salir vos, se armaria una buena... El coronel sabrá que aquí habeis pasado la noche, y tendremos buen rato, sin duda... Sermones, encierros y quizás... Eh!  
(Hace señas de golpear con la mano).  
me esplico?
- VELARDE. Elena, tu espíritu tranquiliza: yo hallaré sin salir del parque medios

de ocultarme.

BARBIERI. (Aparte.) Malo!

VELARDE.

Es

vil traición cuando mi patria  
peligra, el rostro volver...

Y mas cuando ningun riesgo  
nos amenaza...

(Prieto entra de pronto y despavorido en la escena por la segunda  
puerta de la izquierda. Al verle Elena lanza un grito).

ELENA.

Ah! vé

si me engañas.

BARBIERI.

Pietro. (Aparte),

PIETRO.

Sálvame

(Aparte á Barbieri).

BARBIERI.

Calla y oye.

VELARDE.

Responded.

Quién sois?

PIETRO.

Yo...

BARBIERI.

Quién por mi orden

vino á libertaros... quién

vino aqui para llevaros

al lugar que os preparé

para vuestro asilo.

ELENA.

Cielos!

BARBIERI.

Ni un momento que perder

hay ya. Si adorais á Elena,

salvadla... Luego podeis

volver al parque á cumplir

vuestra deuda. Así á la vez

patria y amor defendiendo

dignos sois de ellos y de él.

VELARDE.

Mas como salir podremos

ya del parque?

BARBIERI.

No teneis

Elena, una llave?

ELENA.

Si,

la de Velarde.

ROSA.

Esta es. (Le entrega la llave).

BARBIERI.

Estamos en salvo! Toma

y oye mis palabras bien.

Esta llave es del postigo. (A Pietro con intencion).

Usa de ella y vuela fiel

á cumplir tu comision.

Yo mientras aqui estaré

para guardaros la espalda.

VELARDE.

A tanta amistad creed

que no seré ingrato.

BARBIERI.

Vamos

- que llegan.
- VELARDE. Vamos.  
(Váse con Elena, Rosa, Pietro y Barbieri por la puerta de la escalera cerrándola tras de ellos).
- BARBIERI. Triunfé.  
(Se esconde en el cuarto primero de la izquierda).

## ESCENA ÚLTIMA

\* DAOIZ.—DON DIEGO.—MANOLO.—SOLDADOS.

- (Don Diego y Daoiz entran con la espada desnuda, los soldados traen armas y luces).
- DIEGO. Dónde mi Elena está?
- DAOIZ. Dónde el que ha osado á mi esposa elevar su pensamiento? Velardé?...
- DIEGO. Elena!
- DAOIZ. Aht se han escapado!
- (Registrando).
- MANOLO. Todavía por aquí sus pasos siento.  
(Arrimandose á la puerta por donde se han ido).
- DAOIZ. Derribad esa puerta!
- DIEGO. Deshonrado  
qué resta á mi pesar? qué á ese ardimiento?
- DAOIZ. La venganza, Señor. Ay de Velarde!  
(Se precipita seguido de todos menos del coronel por la puerta que acaban de derribar los soldados).
- BARBIERI. Corred, necios, corred... ya será tarde.  
(Apareciendo en la puerta de la izquierda donde se escondió).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Una calle del barrio de las Maravillas. La escena está dividida. A la derecha una casa modesta abierta por el frente para el público, de manera que vea lo que en ella pasa. A la izquierda, calle, puestos de verduleras, carnicerías y taberna.

### ESCENA PRIMERA.

EL TIO ROMERO.—EL TIO REMACHA.—Después MANOLO.

ROMERO. Qué hay de bueno, tío Remacha?

REMACHA. Yo nada sé, Romerito.

ROMERO. Me estraña que usted no sepa...

REMACHA. Pues no te estrañe, chiquillo,  
porque yo siempre á mi lezna:  
no me gustan los bullicios  
y me cansan las camorras.

Metio en mi rinconcito  
hago zapatos no mas:  
me agraa vivir tranquilo.

ROMERO. Tiene usted mucha razon;  
mas cuando existen peligros  
se arrojan toos los zapatos,  
y la patria...

REMACHA. Chico, chico...  
no pienses tú que aunque viejo,  
está este pobre encogio;  
tiene el alma traspasá  
al mirar esos endinos,  
esos picaros franchutes

- que sin saber como ha sio  
se nos meten por las puertas...  
Pero, qué! En valde me enrito...  
Yo soy un hombre no mas.
- ROMERO.** Eso no, ¡voto á San Crisno!  
¿Y esta persona no es ná?
- REMACHA.** Aquí viene Manolito  
y nos dirá lo que pasa...  
Manolo, muy bien venio...
- MANOLO.** Buenos dias, tio Remacha.
- REMACHA.** Acércate acá, hijo mio,  
y cuéntanos novedades.
- MANOLO.** Ay señor, vengo muy frito!
- REMACHA.** Por qué, Manolo?
- ROMERO.** Por qué?
- MANOLO.** De ver tantísimo pillo.
- ROMERO.** Tu hablarás de los franceses.
- MANOLO.** Sí, Romero, de ellos misinos.  
Ya hay en Madrí un regimiento;  
los demás yo los he visto,  
que están toos acantonaos  
en la altura del Retiro;  
los otros en Chamartin  
y junto á San Bernardino.
- REMACHA.** Qué hacen allí?
- MANOLO.** Naa bueno.
- REMACHA.** Dónde están los que han venio?
- MANOLO.** Toos viven acuartelaos:  
nos miran como á enemigos:  
nos echan sacros y futres  
y el pueblo está entristecio:  
roban lo que les parece...
- REMACHA.** Y qué hacen los menistros?
- MANOLO.** Qué han de hacer mas que comer?
- REMACHA.** El pan está muy subio  
y todos temen el hambre.
- MANOLO.** Apuesto diez contra cinco  
que el hambre no es para ellos...  
Nosotros sí la sufrimos.  
Pero los que son tan altos  
tienen el vientre llenito,  
y el estómago del pobre  
casi siempre está vacío.
- REMACHA.** Me dice el bueno é Romero  
que vivo muy encogio...  
Digamos todos, á una,  
y este pobre pergamino  
saldrá á la calle el primero:

conozco bien el peligro:  
entavía no olvidé  
que cuando jóvenes hicimos  
una revuelta en la Corte,  
y el rey oyó nuestros gritos:  
El rey D. Carlos III!  
Aquel señor tan bendito  
que remediaba á sus pueblos  
como si fueran sus hijos.  
Ese rey trujo á su lado  
dos ó tres malos menistros,  
italianos, por mas señas,  
gente muy mala, muy pillos...  
Esquilache se llamaba  
el que era mas atrevido:  
muera Esquilache... gritamos!  
y con picas y cuchillos  
el barrio de Maravillas  
se levantó el primerito.  
Yo los conduje al combate,  
yo su capitán he sido  
y el pueblo é Madrid furioso  
corre á buscar al Menistro:  
Quiere asaltarle la casa  
y se le rompen los vidrios.  
«¡No haya robo!» les grité,  
y me obedecen los chicos...  
Ni una hilacha les faltó;  
luego al palacio corrimos  
y escuchó Carlos tercero  
nuestras quejas y suspiros.  
«Cuando el pueblo se levanta  
razón tiene...» Así lo dijo.  
«Que se retiren en paz  
que vivan todos tranquilos  
que por mi parte les juro  
separar á los Menistros.»  
Este sí, que era un gran Rey  
mas los que luego tuvimos...  
pero mejor es callar...  
porque si luego me enrito,  
voy á entrar en la materia  
y diré... mil desatinos.  
Déjese usted, tío Remacha  
que si viéramos peligro  
usted será nuestro jefe...  
á mi me falta poquito  
y yo me atufó muy pronto

MANOLO.

y he de dar un estallio.  
**ROMERO.** Mira quien viene hácia acá. (Aparece Piston).  
**MANOLO.** Estoy por darle un metfo...  
**REMACHA.** Nunca para bien fué tarde  
observémosle y chiquito.  
(Se esperan los tres á un lado).

## ESCENA II.

**DICHOS.—PISTON,** con una cesta en el brazo, se dirige al puesto de la verdulera y despues al de la carnicera.

**PISTON.** Madama, pese patatos.  
**VERDUL.** Patatas quieres y cuántas?  
**PISTON.** Si patatos... allon pronto.  
**VERDUL.** Qué alones ni qué caramba!  
vaya una prisa, señor.  
**PISTON.** Eh! qué mugmuga muchacha?  
**VERDUL.** Yo murmuro lo que quiero.  
**PISTON.** Eh! gran silan con la Fransia!  
**VERDUL.** A nadie temo en el mundo.  
**PISTON.** Venga otra libra de jabas.  
**VERDUL.** Si se volviera veneno!  
**PISTON.** Qué veneno?  
**VERDUL.** Nada, nada;  
llévese usted la verdura  
lejos de aquí y santas pascuas.  
**PISTON.** Qué es pascua... di buena mosa?  
Qué hermosa cagne!  
(Dándola un golpecito en el hombro).  
cagamba!!  
**VERDUL.** Eh! cuidado con tocar!  
(Le amenaza con la pesa).  
Habrás visto qué facha!  
**PISTON.** Diable con el genio, Dimonio!  
Las españolas son francas...  
Eh! buena vieca, (A la carnicera).  
corriendo;  
pose una libra de vaca!  
**CARNIC.** Una libra quiere usted?  
Si se volviera jalapa!  
**PISTON.** Una libra de cebollas.  
**VERDUL.** Cebollas! vamos, qué falta?  
**PISTON.** Qué ha de faltar? una cosa.  
Qué hegmoso cuegpo! qué pátria!  
Pues yo he de dagle ün abraso!

¡Ay Madam que mi entusiasma!

(Va á abrazarla y la verdulera le da un bofetón).

¡Toma patria, tío gabacho!

VERDUL.  
PISTON.

U! qué mano tan pesada!

Venga esa cagne, vegdura,  
que os pague por mí la España.

(Coge el cesto de la verdura, y la verdulera salta por encima del puesto y le detiene. La carnicera hace otro tanto).

So lairon, ese dinero.

VERDUL.  
CARNIC.  
PISTON.

Cá! sin pagar no se marcha!

Que me dejen!

Mi dinero!

VERDUL.  
CARNIC.  
PISTON.

Mi dinero!

No dar gana!

Ahora mandamos nosotros.

(La verdulera y carnicera principian á darle de pescozones y él procura taparse las orejas. Se ven salir algunos muchachos, y Manolo habla las siguientes palabras. La verdulera saca una navaja, y el francés retrócede despues de haber tirado la cesta).

Ahora lo verás canalla!

VERDUL.  
MANOLO.  
PISTON.  
ROMERO.  
MANOLO.

Le damos una lision? (A Romero y Remacha).

Oh! no, non quiero navacas!

Qué es eso, por qué es la riña?

Diga usted so papanatas

«aquí mandamos nosotros...»

Voy á atarle con la faja

y á colgarle del gañote

en el balcon de esa casa.

PISTON.  
TODOS.  
MANOLO.

Oh! por Dieu! (De rodillas).

Sí, sí colgarle.

No quiero ver telarañas

(Mirándole con desprecio).

quitese usted de aquí en medio

y empiece á correr con gana,

y que no le vuelva á ver

mientras la Francia sea Francia.

(Piston se levanta, le pegan un puntapié y sale corriendo siguiéndole la gente. Para mayor claridad se pronunciarán las palabras francesas como están escritas).

### ESCENA III.

Escena en Iacasa.—Al ruido de los gritos sale ROSA por la puerta del foro derecha y se asoma á la ventana.

ROSA. Que bulla!.. nada se vé...  
Pues yo no me he equivocado,  
es Manuel el que ha gritado...  
si, su voz, no me engañé.  
Haberme venido así!  
así, sin decirle nada;  
razon tendrá y muy sobrada  
para quejarse de mi:  
no tengo culpa maldita,  
Manuel me perdonará.  
¡Pero qué sucederá  
á mi pobre señorita?  
¡Abandonar á su padre!...  
ya se vé tan aferrado...  
todo se hubiera arreglado  
si hubiera tenido madre.  
Don Diego es tan singular...  
todo le quema, le abrasa  
y quiere arreglar su casa  
al estilo militar.  
¡Casarla contra su gusto!  
y darla ese sentimiento!  
Mire usted que es mucho cuento!  
Vamos, la verdá, no es justo...  
Me tiene en mucho cuidado;  
la pobre está tan llorosa...  
¡Si hará falta alguna cosa?  
Voy á ver si ha despertado.  
(Entra en la habitacion de la derecha).

### ESCENA IV.

BARBIERI.—PIETRO, en la calle.

BARBIERI. Siguen bien nuestros asuntos?  
Dime, Pietro, qué tal vamos?  
PIETRO. Todo camina muy bien.  
Ayer quedamos burlados,

y aunque luego á la salida  
me temia algun fracaso  
el peligro se pasó.

**BARBIERI.** De buena te has libertado.  
Y la llave?

**PIETRO.** En el bolsillo.  
Y dónde están los muchachos?

**BARBIERI.** Séguenos en esa casa:  
por aquí estoy descansado...  
Yo los traje con sigilo  
y he prometido casarlos.

Queda el coronel Mendoza,  
á quien conviene alejarlo  
del parque de artillería.

**PIETRO.** Y por qué medio?

**BARBIERI.** Mas bajo:  
todo lo tengo previsto.

Ya habrá llegado á sus manos  
el aviso que le doy.

El coronel irritado,  
al saber el paradero  
de su hija...

**PIETRO.** Basta ya...  
Eres pájaro muy largo:

entiendo por donde vas...  
Me dejarás libre el campo.

Bien merece esta jornada  
que se nos pague el trabajo.

Di, Barbieri, francamente,  
¿Cuánto es lo que voy ganando?

**BARBIERI.** Anoche no te lo dije?  
Cuenta ya con dos mil francos...

Bien se puede asegurar  
que eres hombre el mas bellaco...

**PIETRO.** Quién será mas de los dos?  
Nos conocemos de antaño,

y no sirven disimulos...  
¡Somos los dos italianos!

**BARBIERI.** Tú tienes mal corazon.

**PIETRO.** No; yo le tengo mas sano.  
Yo soy tan solo un perdido...

¡Pero tú! Al fin y al cabo  
estás sirviendo á la España

hace tres ó cuatro años:  
tú tienes que agradecerla:

pero yo nada, ni un cuarto.  
Aquí perdí mi dinero,

Aquí me vi arruinado,

- y lleno de acreedores  
me propuse ser muy malo:  
gastarme lo que tuviera  
y despues vengan trabajos.
- BARBIERI.** Qué debo yo á este pais  
para vivir obligado?  
Ser siempre un simple oficial,  
pasar mi vida rabiando,  
(Se ve á Manolo con algunos de los suyos que observan desde el foro).  
sujeto á la disciplina,  
al capricho de un estraño.  
Yo ambiciono tener oro,  
yo quiero llegar al mando,  
ódio de muerte esta vida,  
porque es vivir como esclavo.  
Luego puedes esperar?...
- PIETRO.** Joaquín Murat me ha llamado  
**BARBIERI.** y su palabra me dió,  
palabra de Soberano,  
de premiar bien mi servicios...  
y como yo he reclamado  
quien me ayudara en la empresa,  
sin detenerme en pensarlo  
tus servicios preferi.
- PIETRO.** Bien hecho: lo has acertado:  
no podrás arrepentirte:  
me pinto para estos casos.
- BARBIERI.** Observa bien esta casa,  
no abandones este barrio,  
y mira como está el pueblo;  
si debe temerse algo.
- PIETRO.** No olvides que aprecio el oro  
aunque tu quieras el mando.
- BARBIERI.** Descuida, que no te olvido,  
(Apretándole la mano).  
no te olvido, bribonazo.
- PIETRO.** De pillo á bribon no hay nada,  
y es difícil engañarnos.  
El del mando, Dios te guarde.
- BARBIERI.** Adios señor millonario.  
(Pietro entra en la taberna y Barbieri se vá por la derecha).

## ESCENA V.

MANOLO baja al proscenio con ROMERO y otros siguiendo con la vista á PIETRO.

MANOLO. ¿Ustedes le han visto bien?  
Pues ese mismo embozado  
es el que anoche encontré  
dentro del Parque rondando.  
Yo iba á ver á mi Rosilla  
cuando los dos tropezamos;  
no me dá muy buena espina.  
Le he visto además mirando  
hácia esa casa de enfrente,  
y hay motivos muy fundados  
para sospechar también  
de los vecinos del cuarto.

Ayer entró alguna gente;  
iban todos muy tapados  
con miedo de que los viesén.

ROMERO. Una junta de gabachos!  
Preciso, no cabe duda,  
de los que están conspirando.

MANOLO. Bueno será averiguar  
quien es el hombre embozado...  
En la taberna se entró,  
nos meteremos un rato  
y deste modo logremos  
saber la verdad del caso.

ROMERO. Corriente, vamos á dentro.

MANOLO. A dentro chicos, yo pago.  
(Entran en la taberna).

## ESCENA VI.

Escena en la casa.—ELENA sola.

¡Qué oculto remordimiento  
mi corazón despedaza!  
no tengo yo sufrimiento  
para esperar con aliento  
el dolor que me amenaza.  
¿A quién me podre acoger

en medio de mi amargura?  
Dios mio! qué debo hacer?  
Solo puede una mujer  
llorar en su desventura!  
Señor, ampárame en tanto  
con tu cariño infinito,  
con tu favor sacrosanto,  
y baste solo mi llanto  
para purgar mi delito.  
Busqué la felicidad  
en mi loco-desvarío,  
solo espero en tu bondad.  
Llorad mis ojos, llorad...  
Pero y mi padre, Dios mio!  
¿Yo sus canas afrenté  
con mi pasión delirante,  
sus consejos desprecié!  
¡perdonáme si escuché  
las súplicas de un amante!

## ESCENA VII.

ELENA.—VELARDE.

ELENA.  
VELARDE.

¡Ah! Velarde!

Elena mía!

por qué te encuentro llorosa?

Por qué se huyó tu alegría?

Si hoy mismo serás mi esposa.

Dudas acaso de mí?

desconfías de mi honor?

ó es que te arrepientes, dí,

de tus palabras de amor?

En tu lábio está mi suerte,

responde si es mi daño,

aunque me cause la muerte

el golpe de un desengaño.

ELENA.

No, Velarde, lo juré:

tu dicha será cumplida

y mi mano te daré

y con mi mano mi vida.

Mi cariño te prometo,

y pues que yo nada exijo,

deja que pague el respeto

que debe á su padre un hijo.

Disculpa mi noble anhelo,

es muy justa mi aflicción...

porque no tengo el consuelo  
de llevar su bendicion.

VELARDE.

¡Es grande tu sentimiento,  
mi pecho no le condena  
y es mas noble mi ardimiento  
mientras mayor es tu pena.

Si tu padre me negó  
cuanto ambicioné en mi vida,  
¿por eso prenda querida,  
he de abandonarte yo?

Su cólera cesará  
cuando llegues á ser mia,  
yo conozco su hidalguía  
y todo lo olvidará.

Valor, Elena, valor  
en tu cariño confío  
y ten presente amor mio  
que es ante todo, mi honor.

Mi palabra está empeñada,  
tanta dicha no merezco:  
yo riquezas no te ofrezco  
sino mi amor y mi espada.

Esto ofrece un caballero  
mas si riquezas quisiera  
quizá ofrecerte pudiera  
un porvenir lisonjero.

Desprecio esa elevacion  
nadie cual tú brillaría  
pero ese brillo sería  
el premio de la traicion.

Qué dices?

ELENA.

Es un secreto...

VELARDE.

Y yo no puedo saber?..

ELENA.

VELARDE.

No olvides que mi deber... (Con misterio).

ELENA.

Habla... si... yo te prometo...

VELARDE.

Ayer con mucha arrogancia  
el mismo Murat me habló  
y con astucia intentó  
que me vendiera á la Francia.

Con lisonjas, con el oro,  
quiso comprarme vilmente.

¡Y esto propone un valiente  
en mengua de su decoro!

Y qué hiciste?

ELENA.

Contestar

VELARDE.

á promesa tan estraña  
cómo se entiende en España  
el honor de un militar.

En mucho tengo mi fama  
le repetí, con desprecio;  
y en nada mi vida aprecio  
si mi pátria la reclama.  
Me sobra aliento y valor...  
reservad esa riqueza  
quiero un nombre con pobreza  
pero nunca sin honor.  
Guardad pues esos favores  
es inútil la porfía,  
el cuerpo de artillería  
jamás abrigó traidores.

### ESCENA VIII.

DICHOS.—BARBIERI.

VELARDE. ¡Mi buen amigo!  
BARBIERI. Velarde!  
desechad todo recelo:  
disponed á vuestro antojo  
de cuanto en el mundo tengo.  
Yo he prometido salvaros  
y cumplir vuestros deseos...  
Y aunque en España, señores,  
soy por desgracia extranjero,  
no reconozco mas pátria  
y mi fortuna la debo.  
Cuando conocí á Velarde  
hallé en él un compañero,  
y aunque servimos al rey  
los dos en distintos cuerpos,  
nuestra intimidad creció,  
creció tambien nuestro afecto.  
Pudiendo ya asegurar  
que es mi amigo verdadero.  
VELARDE. Vuestro aprecio reconozco,  
grande amistad os merezco,  
y jamás podré pagaros  
el favor que me habeis hecho.  
BARBIERI. Hasta gozar de la dicha  
de ver con lazos eternos  
unidos dos corazones  
que para amarse nacieron,  
mis favores nada valen...  
mayor ha de ser mi afecto.

En esta oculta morada  
podeis residir sin miedo:  
yo tengo la confianza  
de que aun sabiendo sus dueños  
la causa de vuestra huida  
os servirán los primeros.

VELARDE. Secretario de la junta,  
quisiera por un momento  
presentarme en mi destino.

BARBIERI. La junta, amigo, es un cero:  
todo lo manda Murat,  
y así lo obedecen ellos.

VELARDE. Qué decis? (Con cólera).

BARBIERI. No le ha gustado. (Aparte).  
Peligros no los espero... (Disimulando).

Pero esta pobre nacion  
combatida tanto tiempo  
me aflige, amigo, me aflige,  
y su bienestar deseo.

Pensemos únicamente  
en prevenir cualquier riesgo.  
Hoy mismo dareis la mano...

VELARDE. Sí, Elena, muy pronto iremos...

BARBIERI. Es preciso que salgamos  
y con el mayor secreto  
dar los pasos necesarios.

VELARDE. Aquí me teneis dispuesto.

BARBIERI. Vos entretanto, señora  
esperad breves momentos. (Elena llora).

VELARDE. ¡Ese llanto me aprisiona!

ELENA. Es justo mi sentimiento

¡mi padre, solo mi padre!

BARBIERI. Disipad esos recelos  
teneis un padre que os quiere,

y olvidará un desacierto,  
que se comete tan solo  
por un amor verdadero.

Le pedireis su perdon.

ELENA. Aprecio vuestros consejos.

¡Ese corazon es noble!

VELARDE. Cuanto, señor, os debemos!

BARBIERI. Que poco me conoceis.

Mi corazon me dá miedo, (Aparte).

esa gratitud me ofende

cuán nobles sus sentimientos!

y cuan villanos los míos!

Adelante, no hay remedio.

VELARDE. Qué decis?

ELENA. En qué pensais?  
BARBIERI. Buscaba solo un pretesto  
que me asegurara el modo  
de conseguir vuestro objeto.  
La fortuna nos protege,  
y cuando gustéis podemos... (A Velarde).  
señora, no desmayéis.  
ELENA. Mirad, Velarde, que espero.  
VELARDE. Tranquilízate y no llores...  
A Dios Elena, hasta luego. (Váse).

## ESCENA IX.

ELENA sola.—Después MANOLO.—PIETRO.—ROMERO y otros  
en la calle.

ELENA. ¡Solamente su perdón!  
he lastimado su honra.  
A sus piés me arrojaré,  
y si esta gracia no logra  
el cariño de una hija  
que tan de veras le adora,  
yo moriré de pesar  
al ver mi suerte ilusoria  
quiero escribirle al momento!  
que mi súplicas acoja,  
y tal vez de esta manera  
logre conjurar su cólera. (Se sienta).  
(Sigue la escena en la calle).

MANOLO. (Pietro sale de la taberna seguido de Manolo y todos los demás).  
¿No he dicho que es sospechoso?  
Mírenle ustedes ahora  
cómo se acerca á esa reja  
sin andar en mas retóricas.  
Estaba por registrarle...  
(Pietro se dirige al foro).  
Ahora se marcha.  
(Se vuelven Manolo y los demás).

Que vuelve!

Disimulemos... ¡Qué horca!  
(Se oye una banda militar lejos).  
HOMBRE. Señores, yo los he visto.  
MANOLO. A quién?  
HOMBRE. A toda esa tropa.  
MANOLO. Pero quién?  
HOMBRE. Quién? los franceses.

- VELARDE. Los franceses!
- (Se oye mas cerca la banda militar que se vá alejando).
- HOMBRE. Si señora.  
Es un regimiento entero  
que vá derechito á Atocha  
á formar con los demás.
- MANOLO. Con los demás?
- HOMBRE. Pues no es cosa.  
Si es la revista en el Prado...  
su intencion es bien notoria  
quiere el general francés  
hacernos ver que está pronta  
toda esta gente que trae  
pa darnos... si se le antoja...  
(Murmullo entre la gente del pueblo, los redobles y música se acercan).
- MANOLO. ¡Paciencia, chicos! no es tarde.  
Vamos á ver á esa tropa.
- ELENA. (Se dirigen al foro en tropel).  
Ya está la carta...  
leamos.  
(Se aleja mas la banda militar).  
(Lee).  
«Mi querido, mi buen padre!  
(A las pocas palabras sale don Diego por el foro y se coloca  
detras de ella).  
Confieso que mi delito  
ha sido en verdad muy grave  
y solo vuestro cariño  
pudiera tranquilizarme.  
Todo lo espero de vos,  
vuestro corazon es grande  
y el cielo escucha mis votos  
y al fin querrá perdonarme»...  
¡Vuestro perdon, padre mio!  
Las lágrimas vienen tarde!
- DIEGO.

## ESCENA X.

ELENA.—DON DIEGO.

- ELENA. Ah! señor! (Arrojándose á sus piés).
- DIEGO. Al fin te encuentro.  
Pueden mis ojos mirarte,  
mas te ven envilecida.  
¿Este premio me guardaste  
cuando llegué á mi vejez?  
El fuego de cien combates

- jamás humilló mi frente  
y mi deshonra la abate!
- ELENA. Es el mejor de los hombres!  
Padre mío, disculpadle.  
La culpa solo fué mia,  
y si quereis castigadme.
- DIEGO. No es digno de un militar  
como el capitán Velarde  
arrebatar un tesoro,  
la tranquilidad de un padre  
que cifra todo su orgullo  
en su honor, su limpia sangre.  
Y tú que necia pretendes  
defenderle, que escuchaste  
sus palabras seductoras,  
no mereces ni aun mirarme.
- ELENA. Perdon señor... padre mío!  
mas antes de condenarme  
es justo que me defienda  
y que defienda á Velarde.  
Es cierto que nos amamos  
pero jamás fué culpable.  
Al saber que pretendiais  
llevar á efecto mi enlace,  
y contra mi voluntad  
mi cariño le robábais  
su mano me prometió.  
Yo que no osaba negarme  
á cumplir vuestro mandato  
me decidí á acompañarle.  
¡Heso está vuestro nombre!  
no temais que yo le manche.  
Soy inocente, soy pura  
y el cielo, señor, lo sabe.  
Si no os bastára mi lábio  
si mi llanto no es bastante  
que merezca algun recuerdo  
la memoria de mi madre.
- DIEGO. Basta ya... tu me prometes  
obedecer y olvidarle?
- ELENA. Oh! señor?
- DIEGO. Pronto.
- ELENA. Obedezco.
- DIEGO. Oh! no podia engañarme!  
Te perdono hija obediente,  
lo demás lo hará tu padre.
- (Sigue la escena en la calle. Al llegar al fin de esta escena Pietro sale  
espiado por Manolo y demás que le sorprenden y aseguran).

- MANOLO. Muchachos! vamos á él.  
PIETRO. Qué... que queréis?  
TODOS. Date. (Le aseguran).  
MANOLO. Dí pronto cómo te llamas?  
PIETRO. Eso no le importa á nadie.  
MANOLO. No le importa?  
ROMERO. Muera.  
TODOS. ¡Muera!  
DIEGO. Qué voces! ese ruido.  
ELENA. Mirad, señor en la calle.  
PIETRO. No me sujeteis los brazos  
las manos libres, soltadme...  
y si quiero lo diré.  
MANOLO. Nada, nada, registradle.  
Estáte quieto ó te mato.  
Unos papeos... una llave...  
(Le sacan papeles del bolsillo y una llave).  
una carta... «Para Pietro.» (Lee).  
PIETRO. Abrirme una carta!  
MANOLO. Chit, calle.  
Descuida que si es de amores  
y hay secreto sé guardarle.  
«El gran Duque me ha pedido (Leyendo).  
un apunte sobre el Parque  
y preferí una sorpresa  
á aventurar un ataque.  
Vive Pietro prevenido  
tengo un proyecto admirable  
y esa llave guardarás  
hasta que yo te lo mande.»  
¡Señores, es un espía!  
ROMERO. Matarle pronto.  
TODOS. Matarle.  
MANOLO. No señor, no le matemos. (Cesa la banda).  
Si quiere vivir que hable,  
nosotros no somos jueces  
llevarle al cuartel!  
TODOS. Al parque.  
(Un grupo mandado por Romero se lo lleva por detrás de la casa).  
MANOLO. Ahora  
nosotros á ver  
quiénes eran los tunantes  
que anoche han entrado ahí,  
y que esperaba ese infame...  
ELENA. Padre mio, habeis oido?  
DIEGO. No hay cuidado, no desmayes.  
MANOLO. Sin hacer daño á ninguno,  
la entrada está en esa calle...

Viva el barrio é Maravillas.

TODOS.  
MANOLO.  
ELENA.  
DIEGO.

¡Viva!  
Pues adelante. (Todos siguen á Manolo).  
Dios mio! Somos perdidos.  
Tal vez mi presencia baste.  
(Voces de muera).

## ESCENA XI.

DICHOS.—ROSA, despues MANOLO y el pueblo.

ROSA.

¡Ay que voces señorita!  
quieren asaltar la casa...  
si señor, y van á entrar.

DIEGO.

Que las puertas se les abran. (Voces dentro).

ROSA.

Pero señor.

ELENA.

Padre mio!

DIEGO.

Abre las puertas y calla.

ROSA.

Ay señor que están aquí.

(Entra Manolo y al ver al coronel y á Rosa se queda parado y se quita el sombrero.—Pausa).

DIEGO.

Qué quiere esa turba osada?  
qué busca con esos gritos?

MANOLO.

Señor, os diré la causa.  
Anoche hemos visto entrar  
mucha gente y muy tapada  
y la verdad presumimos  
que eran amigos de Francia,  
que á conspirar se venian.  
Esta gente está irritada  
porque han pillado un espía  
con papeles de importancia:  
ya está preso en el cuartel  
y como el bribon andaba  
observando por el barrio  
y luego hacía esa ventana,  
digimos... no cabe duda,  
aquí tenemos canalla.

DIEGO.

Disculpo ya vuestro enojo.  
Mas no contiene jaranas,  
el órden antes de todo.  
Esto la junta nos manda;  
y advertir que ahora la junta  
debe ser la soberana.

MANOLO.

(Dá la mano á su hija y se retira).  
Si señor! Qué hace la junta?  
¡Si la junta es la mala!

abajo, todos, muchachos,  
ya veremos en que para,  
tengo que ajustar aquí  
unas cuentas atrasadas. (Se retira el pueblo).

## ESCENA XII.

ROSA.—MANOLO.

- MANOLO. Quieres decirme, Rosita,  
qué es esto?... qué es lo que pasa?  
Cómo te has venido aquí  
sin saber yo una palabra?
- ROSA. Si, Manolo, lo diré,  
no guardes desconfianza.  
Ese capitán don Pedro  
que á mi señorita ama,  
observando que su padre  
sin razon se la negaba  
se fugó anoche con ella  
y se la trajo escapada  
para casarse sin duda  
hoy mismo por la mañana.  
No sé quien ha dado el soplo,  
su padre vino á buscarla...  
y despues de muchos llantos  
ella accedió y se marchaba.  
¿Tú qué quieres que le hiciera?  
Yo he debido acompañarla  
por eso me vine aquí:  
si vieras como lloraba!  
no tengo yo corazon...
- MANOLO. Me basta, Rosa, me basta.  
De nada tienes la culpa  
no estraño yo lo que pasa.  
Ese padre es un tirano,  
lo está diciendo la cara...  
Ese padre está irritado  
y aunque no hayas hecho nada  
será posible que diga  
que induciste á la muchacha.
- ROSA. Eso no: yo no la dejo,  
yo quiero mucho á mi ama,

### ESCENA XIII.

DICHOS.—VELARDE.

- VELARDE. Y Elena? Dónde está Elena?  
ROSA. Ay señor, se la han llevado!  
VELARDE. Cómo!  
ROSA. Sí, su mismo padre.  
VELARDE. Su padre!  
ROSA. Ay! la pobre lloró tanto!  
daba lástima el oírlo!  
VELARDE. Oh! Dios mio! me ha engañado!  
y yo fié en su cariño!...  
MANOLO. Mira, chica, esto vá malo...  
despidete que me voy.  
ROSA. Señor don Pedro, me marchó,  
de nada puedo servirle.  
MANOLO. Si á usted se le ofrece algo  
mande usted que se le quiere...  
conozco mucho estos tragos  
y sé muy bien lo que cuestan...  
todo se vuelven trabajos.  
VELARDE. Gracias, amigos, mil gracias.  
MANOLO. ¡Qué triste!... pobre muchacho.

### ESCENA XIV.

VELARDE solo.

Dios mio! qué debo hacer?  
ya que tan mal me ha pagado  
es forzoso que la olvide.  
Yo que loco de entusiasmo  
ambicionaba el momento  
de estrechar su hermosa mano!...  
Mas su padre la buscaba...  
quién puede haberle informado?  
Todas son dudas, Dios mio!  
y todos son desengaños.

## ESCENA XV.

VELARDE.—DAOIZ.

DAOIZ.

Dispensad si os incomodo...  
Hay asuntos delicados  
que es forzoso terminar;  
por eso vengo á buscaros.

VELARDE.

Señor don Luis, hablad.

DAOIZ.

Entre los dos han mediado  
rivalidades de amor,  
que la amistad entibiaron,  
rivalidades que el tiempo  
las hubiera terminado;  
mas por desgracia siguieron,  
y hasta tal punto llegaron  
que he temido, y con razon  
separarnos demasiado...

(Movimiento de Velarde).

Permitidme que concluya;  
nada vengo á reclamaros,  
quiero sólo averiguar

y en esto seré muy franco  
hasta dónde os ha traído  
el amor, los pocos años.

VELARDE.

Con tales fueros venis

que no sé si contestaros...

Si un padre me reclamára

satisfaccion de un agravio,

el cariño de mi amada,

el respeto de un anciano

mi furor sugetarian

y humilde fuera mi lábio...

pero vos... con qué derecho?

DAOIZ.

No, no debeis estrañaros...

y puesto que lo ignorais

voy á ser mucho mas claro.

Separemos el amor

y atended lo que reclamo.

El honor de nuestro cuerpo

está por vos ultrajado...

(Movimiento de Velarde).

quizá lo esté en la apariencia,

tal vez os han engañado

de todos modos existe

- VELARDE.    contra vos un grave cargo.  
              Hablad, capitan, hablad,  
              una aclaracion aguardo...  
              ¿ dónde está mi delito?  
              ¿ dónde se encuentra?
- DAOIZ.        En mi mano.  
              (Presenta la llave).  
              No conoceis esta llave?
- VELARDE.    Oh! Dios! y quién os la ha dado?
- DAOIZ.        Mirad si tengo razon,
- VELARDE.    Bien: no puedo negarlo.  
              Para la fuga sirvió.  
              Mas quién ha sido el malvado  
              que de esta suerte abusó?...  
              Don Pedro, tranquilizaos.  
              No creais que yo pretendo  
              tan solo perjudicaros,  
              son otros mis sentimientos;  
              sí, yo mismo os acompaño  
              y nada perdonaremos,  
              hasta encontrar al osado...
- VELARDE.    Capitan, yo os agradezco...
- DAOIZ.        Conozco al hombre á quien hablo.  
              Es grande vuestra hidalguía,  
              jamás de vos he dudado,  
              y si teneis enemigos  
              podeis contar con mi brazo.
- VELARDE.    Mucho mayor es mi aprecio  
              cuando entre los dos mediaron...
- DAOIZ.        Si diferencias de amor  
              han logrado separarnos,  
              puede ser que llegue un día  
              en que os presente mi mano.    (Váse).

## ESCENA XVI.

(En la calle.—Pueblo y ROMERO que observan hácia la calle de la izquierda.—  
Despues MANOLO.)

- ROMERO.    La gente está conmovida!  
              ordenanzas á caballo...  
              Eh! mirad otros que corren,  
              otros allí... mas soldados...  
              Yo me temo una jarana...  
              Si tendremos zafarrancho.  
              (Se oye un tiro).

Un tiro... lo habeis oido?  
(Otro tiro).  
otro... lo habeis escuchado?  
hácia aquí viene Manolo,  
él nos dirá...

MANOLO.

Ay muchachos!  
la tremolina se arma,  
la gente acude á palacio,  
á tiempo que los infantes  
marchaban: desesperados  
los valientes cuando vieron  
que el niño infante ha llorado  
atacaron á la tropa,  
desataron los caballos,  
y las bridas se rompieron.  
Ya la gresca ha principiado  
ha habido muertos y heridos,  
he visto pegar de palos,  
esos pícaros franceses  
á un infeliz, á un anciano.  
La sangre hierve en las venas,  
¿y habremos de tolerarlo?  
el que se sienta con alma,  
el que no le tiemble el brazo  
(Varios tiros sueltos).  
que me siga hasta morir.

TODO.

Todos.

MANOLO.  
ROMERO.

(Se oyen varios tiros).  
Lo habeis escuchado?  
Aquí viene el tío Remacha  
tío Remacha, qué ha pasado?  
(Le rodean).

## ESCENA XVII.

DICHOS.—TÍO REMACHA.

REMACHA.

Muchachos, vengo rabiando!  
Ese tumulto se crece...  
chicos, mentira parece  
lo que en Madrid está pasando,  
no se sabe quien nos manda  
toó se vuelve agitacion  
y al ver esta conmocion  
la multitud se desvanda.  
Los franceses perseguidos...

y entre tiros y sablazos  
navajas y garrotazos,  
(Una descarga).  
ha habido muertos y heridos.  
Habeis oido el rumor?

(Se oye una descarga).  
tiros de fusilería!

**MANOLO.** Qué horrible carnicería!  
Valor, amigos, valor!  
basta ya tanta paciencia  
con orgullo alzada la frente  
combatámos á esa gente  
sin compasion ni clemencia.  
Esta detencion me empacha,  
un gefe necesitamos,  
pues á una voz elijamos  
al valiente tio Remacha.

**REMACHA.** Manolo se equivocó:  
mirad lo que deseais  
un jóven necesitais  
y no un viejo como yo.

**MANOLO.** El nuestro gefe será  
(Tres tiros sueltos lejos).

**TODOS.** Si, si.

**MANOLO.** Lo habeis oido?  
Por gefe os han elegido,  
todo el mundo os seguirá.

**REMACHA.** Si me quereis elegir  
dejemos ya las quisquillas...  
Viva el barrio é Maravillas!

**TODOS.** ¡Viva!

**REMACHA.** Pues á salir...  
nunca por nada me abato,  
no hay quien mi furor mitigue.

**TODOS.** Cielos!

**MANOLO.** (Se oyen campanas).  
La jarana sigue  
están tocando á rebato.  
Busquemos á esos villanos  
memoria deje este dia,

(Se oye una campana mas cerca).  
la campana deagonia  
(Dos tiros sueltos).

**REMACHA.** de nuestros pobres hermanos!  
Esto ya es mucho sufrir,  
(Con entusiasmo).  
antes que el odio me mate,  
corramos pronto al combate.

¡Compañeros á morir!  
Yo os mando lleno de gozo,  
(Dos tiros sueltos lejos).  
por nada en el mundo os dejo,  
que aunque mi brazo es muy viejo,  
mi corazon es muy mozo.  
Si nos protege la suerte  
no haya paz, no haya clemencia...  
¡A buscar la independencia!  
la independencia ó la muerte!!

ESCENA PRIMERA

ROSA -- MELARDE

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

El parque de Monteleon, en el fondo dos puertas: la derecha entrada de cuerpo de guardia, la otra el almacen de armas. Casa á la izquierda y al foro: en la derecha la puerta del arco de entrada y tapia.

### ESCENA PRIMERA.

ROSA.—VELARDE.

- ROSA. Todo un D. Pedro Velarde,  
todo un capitán ¡qué mengua!  
por tan leve contratiempo  
doblar la altiva cabeza!  
No así os dejéis abatir,  
nunca de vos tal creyera.
- VELARDE. Y que hacer en el estremo  
á que mi desdicha llega?  
Mi pecho á quien el temor  
de los peligros no arredra  
y ante el cañon enemigo  
solo de entusiasmo alienta,  
cobarde late al pensar  
que acaso ha perdido á Elena,  
para siempre.
- ROSA. Quién tal dice!  
Vamos, sois niño de teta.  
La quereis?
- VELARDE. Qué eso preguntes?
- ROSA. Y no os quiere tambien ella?

VELARDE. Lo creo así.

ROSA. Pues entonces  
qué mas deseais? es fuerza  
que al cabo y al fin os casen.  
¡Qué de un jóven que celebran  
por discreto y por gallardo  
tenga yo que ser maestra!

VELARDE. Díme, y de tu señorita  
nada sabes? de la escena  
de esta mañana me culpa?

ROSA. Ni por pienso: mas sospecha  
que todo ha sido una intriga  
de Barbieri.

VELARDE. Oh! me recuerdas  
á tiempo que con ese hombre  
tengo pendiente una cuenta  
que hemos de arreglar muy pronto:  
ya su tardanza me altera.

ROSA. Que vais á hacer?

VELARDE. ¿Con qué objeto

de la salida secreta  
quiso asegurar la llave?  
O me engañan mis sospechas  
ó alguna negra traicion  
el vil realizar intenta.

Por su causa aqui arrestado  
me encuentro: solo por ella  
tal vez en mi lealtad  
alguna mancha recela;  
por ella he sido engañado,  
y por Barrabás que es fuerza  
que tome pronta venganza.

ROSA. Ved que hay quien de vos espera  
la dicha, y grande pesar  
solo con esto la diérais.

Los hombres! todos iguales!  
nunca en dar penas recelan  
á la que en ellos confía!

VELARDE. Vé á consolar á mi Elena:  
dila que su imagen, nunca  
de mi memoria se aleja.

ROSA. Sí, lo de siempre.

VELARDE. Además,  
que esta noche...

ROSA. Ya os espera.

VELARDE. Viene gente, marcha pronto.

ROSA. Adios. (Se entra puerta derecha).

VELARDE. Él es: tiempo era. (Viendo á Barbieri).

## ESCENA II.

VELARDE.—BARBIERI.

- BARBIERI. (Aparte). Velarde aquí!  
VELARDE. (Aparte). Nos veremos.  
BARBIERI. El bulto escurrir confío. (Quiere irse).  
VELARDE. (Aparte). Bien me ha visto.  
(Alto). Eh! señor mio...  
que hablarnos los dos tenemos.  
BARBIERI. Velarde amigo... (Finge verlo ahora).  
VELARDE. No quiero  
vuestra mano.  
BARBIERI. Tal dudar!  
VELARDE. Es indigna de estrechar  
la mano de un caballero.  
BARBIERI. Qué lenguaje!  
VELARDE. El que os conviene  
nada mas: atento oid.  
BARBIERI. Yo no puedo: permitid...  
VELARDE. Sabeis quién soy?  
BARBIERI. Duda tiene?  
VELARDE. Pues quizá aprendais mas tarde  
que nadie en cualquier azar  
impunemente burlar  
puede, al capitán Velarde.  
BARBIERI. Pues acaso yo...  
VELARDE. A eso voy:  
por daros fácil oído  
crédula víctima he sido  
de vuestras intrigas hoy.  
¿Quién denunció nuestra huida  
esta mañana? ¿por qué  
cuando iba á encontrar mi fé  
recompensa merecida,  
mi rival y el coronel  
en la casa aparecieron?  
Fué porque aviso les dieron  
y vos con tan ruin papel  
cumplisteis.  
BARBIERI. Yo!  
VELARDE. Sí, por Dios!  
Nadie mas que vos sabia  
nuestra fuga; quien podría  
revelarla sino vos?

BARBIERI.  
VELARDE.

Os juro...

Jurais en vano.

Mi amistad habeis vendido!  
castigo fué merecido:  
¡quién fia de un italiano!  
mas para que en adelante  
vuestro juego al emprender  
no os pongais á perder  
cual hoy, menguado farsante,  
tomad...

(Dándole un bofetón. Barbieri echa mano de un puñal que lleva escondido, y Velarde le detiene el brazo).

Oh, rabia!

BARBIERI.  
VELARDE.

Pagada

mi deuda está ¡voto á tal!  
Que mano echeis al puñal.  
Llevando al cinto una espada!  
Medios emplead mas dignos  
que aunque sé que en paz y en guerra  
es arma de vuestra tierra,  
aquí es arma de asesinos.

BARBIERI.  
VELARDE.

Sangre este agravio reclama!  
Y la tendreis, no hay cuidado  
pero aun no hemos acabado.

BARBIERI.  
VELARDE.

(Aparte). El furor mi pecho inflama.

La torpe ofensa que hicisteis  
á mi amistad, cual debia  
vuestra menguada osadía  
castigué ya ¿me entendisteis?  
En vuestro rostro la ardiente  
señal, impresa ha quedado.

BARBIERI.  
VELARDE.

Recordais...

Lo he recordado

porque la tengais presente.  
Mas aun falta que arreglar  
otra cuenta mas estrecha,  
que viene á mi honor derecha.  
No os intentéis disculpar:  
os conozco y fuera en vano:  
la llave que os entregué  
ayer noche, hallada fué  
esta mañana en la mano  
de un francés, de un enemigo,  
y aquí para entre los dos  
vos se la entregásteis, vos.  
Quién tal dice!...

BARBIERI.  
VELARDE.

Yo lo digo:

quien una infamia comete

y en su pecho criminal  
oculto lleva un puñal  
mucho en el crimen promete.  
Oh! acabad.

BARBIERI.

VELARDE.

Y en mi ha caído  
de la culpa todo el peso:  
de mi lealtad por eso  
dudar alguno ha podido.  
Y he de perdonaros? no,  
trama tan vil realizada,  
para siempre deshonrada  
viera mi memoria yo.  
Vuestra la culpa sería,  
para mi el castigo fuera,  
aun denunciaros pudiera  
pero yo, no soy espía.

BARBIERI.

VELARDE.

Basta ya, y tened presente  
que es mi venganza segura.  
Miserable! en tu locura  
aun osas alzar la frente?  
Pues bien: ya que es menester  
hoy dejo de ser quien soy  
si tu orgullo á hundir no voy  
en el polvo.

BARBIERI.

VELARDE.

Qué irá á hacer?  
Porque no dejes mal trecho  
el honor de tu bandera,  
te arranco esa charretera  
que deshonras. (Lo hace).

BARBIERI.

Qué habeis hecho?  
(Fuera de sí).

### ESCENA III.

MENDOZA.—DAOIZ.—VELARDE.—BARBIERI.

VELARDE.

BARBIERI.

Gente llega.

Aun no sabeis,

(Con furia reconcentrada).

quien soy yo; por vuestro mal.

VELARDE.

BARBIERI.

VELARDE.

Ocultad bien el puñal,  
que el mango asoma ¿no veis?

Su agudo filo mas tarde  
quizá os haga conocer.

(Váse).

Antes te hice yo saber  
quien es D. Pedro Velarde.

**MENDOZA.** Capitan, qué es esto? hablad,  
por qué con el rostro airado  
y profiriendo amenazas  
ese oficial italiano  
se aleja, mientras tenéis  
su charretera en la mano?

**VELARDE.** Mi coronel, ese hombre  
traidor afecto ostentando  
hacia mí, de mis secretos  
se hizo dueño y fué engañado:  
él fué quien de vuestra hija  
protegió la fuga, incauto  
yo tambien entre sus redes  
caí, y en tanto el villano  
os vendió nuestro secreto.  
Esta mañana arrestado  
por órden vuestra he venido,  
y con sospechas acaso  
de traicion...

**MENDOZA.** No por mi vida:  
á descuido involuntario  
y no á traicion, achiqué  
de aquesa llave el hallazgo.

**DAOIZ.** Sospechar de vos traicion!  
¿pudiera existir acaso  
un traidor en nuestro cuerpo  
que es de lealtad dechado?

**VELARDE.** Cuando del honor se trata  
dudar solo es empañarlo.  
Pero volviendo á ese hombre  
él fué quien con doble engaño  
esa llave me arrancó  
hoy hallada á un emisario  
de Murat: con ese objeto  
fingió su ayuda prestarnos  
y á no ser porque la suerte  
nos protegió, á no dudarlo  
el parque quizá estaría  
ya del francés en las manos.

**MENDOZA.** Capitan, pienso que obrásteis  
cual debe un noble soldado.  
Dadme acá ese distintivo  
que yo á sus jefes me encargo  
de entregar: y cual merece  
será el traidor castigado.  
Algo severo tal vez  
estuve, y así os levanto  
el arresto: como jefe

harto en esto os satisfago,  
y como padre os perdono.  
Daoiz, vuestros agravios  
olvidad, y como amigo  
dad á Velarde la mano.

DAOIZ.

Yo....

VELARDE.

Coronel, ante todo  
sabeis que con pasion amo  
á vuestra hija, y D. Luis  
es á mi amor un obstáculo.  
Quereis desde hoy renunciar (A Daoiz).  
al proyecto de enlazaros  
con Elena?

DAOIZ.

Eso, no á mi,  
al coronel preguntádselo,  
tiene mi palabra.

MENDOZA.

Y vos  
que teneis la mia: es llano.  
Yo á ceder no estoy dispuesto.

DAOIZ.

Yo tampoco.

VELARDE.

En ese caso  
no podemos ser amigos.

MENDOZA.

Qué es eso! (A un ordenanza que sale con un pliego).

ORDENAN.

Un pliego cerrado  
para vos.

MENDOZA.

Es de la junta  
suprema: pronto, veamos. (Lee).

DAOIZ.

Hay novedad?

VELARDE.

Por la villa  
rumores corren estraños.

MENDOZA.

Me ordenan que sin tardanza  
pues me cumple al bien del estado,  
vaya á recibir sus órdenes.

VELARDE.

Por vergonzosas al diablo (Aparte),  
las mandára yo.

MENDOZA.

Don Luis?  
cual mas antiguo os encargo  
la seguridad del parque,  
teniendo en mi ausencia el mando.  
Prudencia, y que sobre todo  
nada se haga sin mandato  
superior.

DAOIZ.

Os lo prometo.

MENDOZA.

Me alejo en vos confiado. (Váse).

ESCENA IV.

DAOIZ.—VELARDE.

VELARDE. Lo de siempre, la prudencia,  
y en tanto la triste España  
sufre la presión estraña,  
la tiránica violencia.  
Si el pueblo acudiese á mi  
y en vuestro lugar me viera  
pardiez, no sé lo que hiciera.

DAOIZ. Yo os lo diré.

VELARDE. Cómo!

DAOIZ. Si.

Obedecer y callar  
cual buen soldado.

VELARDE. A fé mía

que yo no sé si podría  
tanto baldon soportar.  
Decid, ¿justo acatar es  
al que dice á un pueblo bravo,  
«resignate á ser esclavo  
y tras de esclavo francés?»  
Si en alguna enfermedad,  
un doctor aunque muy bueno  
os recetára un veneno  
¿lo tomarais? no en verdad.  
Yo también con entusiasmo  
al ver el genio fecundo  
de ese soldado que el mundo  
de terror llenó y de pasmo;  
le aplaudí, grande y leal  
su nombre anunció esa aurora,  
pero el semidios ahora  
cayó de su pedestal.  
Aquí astuta nos engaña  
la seducción, la sorpresa.  
¿Y quién le ayuda en su empresa?  
hijos de la misma España.  
Bien sus órdenes ois  
cuando todo se derrumba  
«echa una piedra en la tumba  
donde yace tu país.»  
Y si les castiga? no;  
se les llama afrancesados:

- con mucho gusto colgados  
de un tronco los viera yo.
- DAOIZ. Hablad mas bajo, quizás  
os escuchèn...
- VELARDE. Yo quisiera  
que toda España me oyera.
- DAOIZ. Oh! basta: no digais mas.  
Creeis ser vos solamente  
quien sienta en su corazon  
fermentar la indignacion?  
Os engañais torpemente.  
Tambien yo á mi pátria llamo  
y no contesta, es verdad:  
tambien al ver su horfandad  
lágrimas de hiel derramo:  
por la astucia y por el arte  
miro con sorpresa estraña  
eclipsar al sol de España  
el astro de Bonaparte.  
Mas sino brilla ese sol  
¿muerto tal vez la creeis?  
entonces no conoceis  
Velarde al pueblo español:  
en la apariencia sereno  
tened su reposo en cuenta  
que amenaza una tormenta  
que allá fermenta en su seno.  
Una chispa solamente  
y el combustible inflamado,  
hará lo que no ha intentado  
pueblo alguno hasta el presente.
- VELARDE. Yo esa chispa arrojaría  
aunque me abrasára luego.
- DAOIZ. Temedlo, Velarde; el fuego  
no respeta la hialguía.
- VELARDE. En la futura memoria  
fuera mi nombre admirado.
- DAOIZ. Ved que por el resultado  
los hechos juzga la historia.
- VELARDE. Oh! mi arrojo secundad  
todo nos brinda al efecto:  
ved sino el terrible aspecto  
que presenta la ciudad.  
Las calles están desiertas,  
todo el francés lo conquista,  
y se cierran á su vista  
las ventanas y las puertas:  
solo á veces os asombra

ver deslizarse sañudo  
algun embozado, mudo;  
terrible como una sombra.  
Como yo el rostro tornad;  
ú os dirá con su mirada.  
«Cobarde: arroja esa espada.»  
Cobarde! ¿lo oís?

- DAOIZ. Callad!
- VELARDE. A mi pesar siento arder (Aparte).  
mi frente con el rubor.
- VELARDE. Decidios, vuestro honor...
- DAOIZ. Mi honor es obedecer.  
Dejadme ó marcho de aquí.
- VELARDE. Os juzgaba por mí mismo  
Don Luis, con mas patriotismo.
- DAOIZ. Qué, dudais del mio?
- VELARDE. Si!
- DAOIZ. Velarde!
- VELARDE. Verdad!
- DAOIZ. Pardiez!
- mucha es la paciencia mia.  
¿Y tal vez á cobardía  
lo atribuyais?
- VELARDE. Si... tal vez!
- DAOIZ. Cómo! (Sacando la espada).
- VELARDE. Lo dicho. (Lo mismo).
- DAOIZ. Cumplida
- satisfaccion, me dareis.
- MANOLO. (Fuera). Eh! yo paso ¿no sabeis  
que es aquí muy conocida  
mi persona? ¡voto vá!
- VELARDE. Teneos, gente llegó.
- DAOIZ. Quién es?
- MANOLO. (Fuera). Capitan, soy yo.
- DAOIZ. Que entre.
- MANOLO. Por fin... llegué ya. (Sale).

## ESCENA V.

DICHOS.—MANOLO.

- DAOIZ. Velarde!... (Envainando).
- VELARDE. Os comprendo bien. (Hace lo mismo).
- DAOIZ. Esta noche...
- VELARDE. Estoy dispuesto.
- MANOLO. Huy! cómo sudo!

- DAOIZ. Qué es esto?  
qué sucede que así os ven  
mis ojos, despavorido?
- MANOLO. Despavorido! no tal,  
capitan: visteis muy mal:  
nunca el miedo he conocido.  
Mas no sabeis lo que pasa?
- VELARDE. Decidnos...  
MANOLO. Por San Franciseo!  
Vaya, que se ha armado un cisco  
que todo Madrid se abrasa.
- VELARDE. Ya era tiempo. (Aparte).  
MANOLO. No hay aguante.
- DAOIZ. Y que ha podido causar.
- MANOLO. Que se han querido llevar  
á la reina y al infante.
- VELARDE. Es posible!
- MANOLO. Si que no!
- VELARDE. Y habeis consentido...  
MANOLO. Sí:  
yo mismo llevarlos ví.
- VELARDE. Y qué hicisteis?
- MANOLO. Qué se yo!
- VELARDE. Que sufrais tales reveses!  
Sin venganza! miserables!
- MANOLO. Qué hacer?
- VELARDE. Son invulnerables  
por ventura los franceses!  
MANOLO. Cá! no señor, la verdad  
es que tantos no fueren...  
por lo demas, ellos mueren  
con mucha felicidad.  
Por experiencia lo sé.  
porque he dado pasaporte  
á algunos, y hoy en la córte  
á muchos mas le daré.  
Qué! si viera V. señor  
la que en la plaza se ha armado  
el pueblo estaba irritado  
y al fin sacudió el temor.  
Y cuando vió á sus infantes  
prisionero ¡buena danza!  
contra los guardias se lanza  
y hasta cortó los tirantes  
del coche; pero fué en vano  
porque su caballeria  
el gabacho ya tenia  
preparada de antemano;

y el pueblo que se encontraba  
sin armas, desprevenido,  
dejó de sangre teñido  
el suelo en que peleaba.  
Quedó impune su maldad!  
Cá! si el pueblo huyó pidiendo  
venganza...

VELARDE.

MANOLO.

DAOIZ.

MANOLO.

Si?

Y vá cundiendo

la alarma por la ciudad.  
En los barrios los quehaceres  
se abandonan por vengarse  
y se apresuran á armarse  
hombres, niños y mujeres.  
Ya sin miedo á otro revés  
corren mil grupos con saña  
y al grito de «viva Español»  
van dando caza al francés.  
Este con cara difunta  
en vano á ahuyentarlos prueba  
pues cada víctima nueva  
nuevos defensores junta.  
Y si no emprende la huida,  
prolongándose la lid,  
pienso que en todo Madrid  
no queda un francés con vida.  
Y al fin la junta suprema  
qué hace?

DAOIZ.

VELARDE.

DAOIZ.

A Francia proteger.

Con calma á su pátria ver  
en situacion tan estrema!  
No lo creo, si española  
sangre en sus venas se encierra,  
no debe el grito de guerra  
demorar ni una hora sola.

VELARDE.

No lo esperéis: en el nombre  
tan solo españoles son:  
en cuanto á su corazon  
es de Francia, aunque esto asombre.  
Los calumniais.

DAOIZ.

ORDENAN.

Capitan?  
este pliego?

DAOIZ.

Para mí?

Veamos: tal vez aquí  
se disipe nuestro afan.

VELARDE.

O tal vez eso os convenza  
de cuan justo es mi temor:  
ya en vuestro rostro el furor

- se retrata.
- DAOIZ. Qué vergüenza! (Estrujando el pliego).  
VELARDE. Y qué dice ese papel?  
tal vez lo que yo temia.
- DAOIZ. Que el parque de artilleria  
ausilio no dé al tropel  
popular que acaso ya  
á este sitio se encamina.
- VELARDE. Quién eso á catar se inclina?  
DAOIZ. Qué! Yó!  
VELARDE. Qué!  
DAOIZ. Se obedecerá.  
ola! (Primer sargento).
- MANOLO. Capitan! (Suplicando).  
VELARDE. Qué haceis?  
DAOIZ. Cerrad la puerta de entrada (Al Sargento).  
y para nadie franqueada  
será! nadie ¿me entendeis?
- SARGENTO. Bien está.  
VELARDE. Ved que el momento  
no es de obediencia, D. Luis.
- DAOIZ. Oh! dejadme, no advertís  
que harto, mas que vos lo siento?
- VELARDE. Y entonces ¿por qué motivo?...
- DAOIZ. Soy militar, mi deber  
es tan solo obedecer  
las órdenes que reciço.  
Nada digais...
- VELARDE. Está bien.  
Antes de hacerme soldado  
naci Español: ya he tomado  
mi resolucion tambien.  
(Se retira á un lado pensativo).  
(Empieza á oirse el rumor del pueblo á la puerta del parque).
- MANOLO. Ya empieza á llegar la gente.  
por armas: mi capitan.
- DAOIZ. Oh! Dejadme voto á san...  
(Se vé al tío Remacha que se descuelga por la tapia de la derecha).  
Pero ¡qué veol imprudente!  
Qué venis á hacer aqui?
- MANOLO. Tío Remacha!

## ESCENA VI.

DICHOS.—EL TIO REMACHA.

- REMACHA. El mismo soy.  
DAOIZ. Muy pronto á castigar voy  
tu atrevimiento.
- REMACHA. Eso sí.  
Si lo merezco, corriente:  
pero señor melitar  
nos podremos arreglar  
de un modo mas conveniente.  
Yo soy hombre de pachorra,  
cachazudo; no ha podio  
naide decir que yo he sio  
nunca amigo é camorra.  
Solo una vez, la verdá;  
salí á dar cuatro pinchazos  
porque hubo unos bribonazos  
que quisieron deshonorá  
el nombre español; arisco  
me vió hasta el Rey ya defunto  
pues tocándome á ese punto  
soy mas que hombre un basilisco.  
Paece que hoy los gabachos  
hacer lo mesmo quisieron,  
y al resistir me escogieron  
por su jefe esos muchachos.  
Aunque no me gustó mucho,  
jugar no quiero el albur  
de que me llamen monsiur,  
que soy español muchacho.  
Por lo mismo y las hablillas  
que en tales casos...
- DAOIZ. Ya estoy.  
REMACHA. Jefe de la turba soy  
del barrio é las Maravillas.  
DAOIZ. (Bajo su exterior comprendo  
un gran corazon ahí).  
Y bien; qué me importa á mí  
todo lo que éstais diciendo?  
REMACHA. Ya voy señor melitar.  
Manolo, avisa á esa gente,  
que calle por San Clemente:  
too se lo echa en gritar.

(Manolo va hacia la puerta).  
Pues señor, vamos al caso;  
cuando rodeao me ví  
de la gente, conocí  
que sin armas, nengun paso  
adelantarse podía;  
y de esto al fin convencio  
eché de todos seguio  
al Parque de artillería.  
Formé mi resolucio  
de entrar dentro, y como ví  
la puerta cerrada, aquí  
me eché por el paredon.  
Preciso es que quede  
armada esa gente sin tardanza;  
que está pidiendo venganza  
tanta sangre derramada.  
No hay que andar con tornasol,  
que mucho esto se dilata,  
porque aquí solo se trata  
de ser francés ó español.

DAOIZ.

(Yo no sé que contestar.)

VELARDE.

Si persistirá en su empeño!

DAOIZ.

Amigo, yo no soy dueño  
en este asunto de obrar.

Las órdenes que me han dado...

REMACHA.

Serán de apagar la mina...

Dejaos de desceplina...

DAOIZ.

Nunca la olvida un soldado.

Mi conducta en esto fundo.

REMACHA.

Pues sereis nuestro enemigo:

cuando yo una cosa digo  
se ha de hacer aunque arda el mundo.

Quedad con Dios...

VELARDE.

Esperad.

(Tal vez se logre mi intento).

Don Luis aparte un momento

oidme: y despues obrad. (Se separan).

DAOIZ.

No insistais pues será en vano.

VELARDE.

Si acaso con mis razones  
mudan vuestras intenciones,  
en insistir mucho gano.

Al intentar de esta suerte

en revelarme el primero:

¿qué premio pensais que espero

alcanzar? solo la muerte.

Pocos aunque con valor

¿cómo lidiar por igual

con el poder colosal  
del francés? solo el honor  
del martirio nos espera;  
mas me queda la esperanza  
de que clamando venganza  
se alzar  la España entera.  
Tal vez el destino impio  
en un rincon de la historia  
me consagre una memoria.  
Oh! qué corazón; Dios mi !  
Y bien, vos que no quereis  
Daoiz participar  
del peligro, sin cesar  
una voz escuchareis  
repetida en la pelea,  
y esa voz...

DAOIZ.

VELARDE.

VELARDE.

REMACHA.

DAOIZ.

VELARDE.

REMACHA.

DAOIZ.

VELARDE.

Hablad mas quedo.

(Anim ndose por grados).

Dir  que tuvisteis miedo.

Oh! qué diabólica idea!

Y esa voz os seguirá

por todas partes.

Qué mengua!

Llegar  de lengua en lengua

  deshonraros quizá.

Yo por el mundo infamado!...

Sufrireis su justa ley...

Oh! basta ya:  viva el Rey!

(Haciendo pedazos la órden).

Abrid al pueblo!

 He triunfado!

Viva el capitan!

(El pueblo entrando).

Poca bulla y mas corage.

Venid por armas muchachos.

(Entran por la puerta izquierda del fondo).

Sargento, las boca calles

inmediatas cubrireis

con la gente indispensable,

y si los franceses llegan

con el ca n saludadles.

(El sargento entra por la puerta derecha del foro donde se supone la

cuadra de los soldados).

Daoiz, he sido injusto

con vos; y ha poco un ultrage

os hice que yo quisiera

satisfacer con mi sangre.

Vertedla toda en servicio

de vuestra patria, Velarde.

- Yo se perdonar.
- VELARDE. Oh! noble  
corazon, y cuánto vales!
- DAOIZ. Y estais resuelto á morir?
- VELARDE. Es la muerte inevitable  
pues no podemos triunfar  
y fuera el huir, cobarde.
- DAOIZ. Pero ¿por qué es esa pregunta?
- VELARDE. Porque dejais quien derrame  
lágrimas en vuestra tumba.
- VELARDE. ¡Elena! ¡á qué recordarme!...  
pero harto presente estaba  
en mi corazon amante.  
Don Luis; si por suerte vos  
saliérais libre...
- DAOIZ. (Ofendido). Velarde!
- VELARDE. Es verdad, no recordaba  
que á hombres de nuestra sangre  
no les queda mas recurso  
que morir en lances tales.
- DAOIZ. Y bien, juntos moriremos.
- VELARDE. ¡Cuán poco os conocí antes!  
Pocos momentos nos quedan  
de vida; una prueba dadme  
de que perdonado habeis  
tantas injurias.
- DAOIZ. Velarde:  
pedid la que vos querais.
- VELARDE. Vuestros brazos.
- DAOIZ. (Abrazándole.) Oh! tomadles.
- REMACHA. (Saliendo seguido del pueblo que viene armado con sables, fusiles etc.)  
Bien! bravo! asi eran los hombres  
del motin contra Esquilache.
- DAOIZ. Basta de debilidad. (Desasiéndose).
- REMACHA. Capitan, aqui delante  
teneis mi gente ¿qué hacemos?
- DAOIZ. Salid fuera y esperadme:  
mis ordenes os daré.
- REMACHA. (Al pueblo). Amigos; ya no hay escape  
probad que sois herederos  
del valor de vuestros padres,  
pues si alguno por desdicha  
vuelve la espalda cobarde  
al frente del enemigo...
- ROMERO. ¿Qué hareis?
- REMACHA. Qué he de hacer! matarle.
- MANOLO. Bien dicho.

REMACHA. Viva el Rey!  
TODOS. Viva!  
REMACHA. Ea, muchachos: á la calle.

## ESCENA VII.

DAOIZ.—VELARDE.—ELENA y ROSA por la izquierda.

ROSA. ¡Qué ruido!  
ELENA. Velarde!  
VELARDE. ¡Elena! (Yendo hacia ella).  
DAOIZ. (Oh! que escena dolorosa!  
huyamos de aquí.) (Entra por la derecha del foro).  
VELARDE. Mi bien!  
ELENA. Qué es este rumor que asombra  
mis oídos?  
VELARDE. Desgraciada!  
grandes peligros te acosan:  
retírate.  
ELENA. No lo esperes,  
sin saber si debo ahora  
temer por tu vida.  
VELARDE. No;  
pero atiende mi congoja:  
retírate: en este sitio  
tu presencia me trastorna.  
ELENA. No Velarde, tú me engañas:  
yo escuché aquí voces sordas  
de venganza, algun proyecto  
terrible; no me lo escondas  
por piedad, si tu me faltas  
yo no podré á tu memoria  
sobrevivir: si es preciso  
á esta infeliz que te adora  
olvida infiel, pero vive...  
VELARDE. Oh! las fuerzas me abandonan!  
(Daoiz por la puerta derecha del foro seguido de su compañía. Se detiene en el dintel de la puerta y dice con emoción).  
DAOIZ. Velarde! ya el enemigo  
á nuestras puertas se agolpa.  
VELARDE. Voy al punto. (Volviendo en sí).  
DAOIZ. A tiempo estais  
de elegir entre dos cosas:  
aquí el deshonor viviendo,  
allí muriendo, la gloria.  
(Váse Daoiz seguido de los soldados).

- VELARDE. Pudiera yo vacilar!  
Elena, á Dios.
- ELENA. Me abandonas!
- VELARDE. ¿Quieres verme deshonrado?
- ELENA. No, quiero que no te espongas  
á la muerte.
- VELARDE. Déjame.  
(Suenan un cañonazo al que seguirán otros sin interrupcion mezclados  
con fusileria hasta el fin del acto.)
- ELENA. ¡Dios mio!
- ROSA. ¡Virgen de Atocha!
- VELARDE. Ese cañonazo anuncia (Con solemnidad).  
la independencia Española!  
(Sosteniendo á Elena que va á caer).  
Mi bien!
- ELENA. Me faltan las fuerzas...  
(Cae en brazos de Velarde).
- VELARDE. Ten; te la confío Rosa. (Deteniéndose).  
Elena, á Dios para siempre.  
(Sofocando su emocion y tirando de la espada).  
¡Vamos á morir con honra!

## ESCENA VIII.

ELENA.—ROSA.

- ROSA. Señorita, no se mueve...  
Volved en vos... señorita,  
tengo miedo... pero al fin  
ya parece que respira...
- ELENA. Ay de mi!
- ROSA. Vamos... valor...
- ELENA. Se ha marchado!
- ROSA. Sin que impida  
esto que vuelva otra vez:  
no todos mueren por dicha  
en los combates entonces  
pocos hombres quedarían.
- ELENA. En vano calmarme quieres;  
ese rumor me asesina,  
el valor tu no conoces  
que en su corazon se abriga:  
sino vuelve vencedor  
muerto tan solo á mi vista  
se presentará; Dios mio!  
guardarle á mi amor, su vida

por las lágrimas que vierto,  
ó en cambio tomad la mía.  
Si la patria ante sus aras  
inmolarle necesita,  
yo necesito salvarle,  
yo necesito su vida,  
yo no tengo mas que amor  
y el amor es egoísta.

- ROSA. Vaya, á que me haceis llorar?  
¿Eso es justo? no en mis días.  
Como si una no tuviera  
su inquietud, yo juraría  
que anda por aquí Manolo:  
donde hay camorra; es precisa  
su persona en cuanto á eso  
tiene una naríz muy fina.  
Pero ¡caramba! yo nunca  
por eso le reñiría;  
la patria es antes que todo,  
no transijo con gallinas,  
Y mi padre? dónde está  
mi padre? funesto día!
- ELENA. Miradle aquí.
- ROSA.

### ESCENA IX.

DICHOS.—MENDOZA, que llega apresurado.

- MENDOZA. Llego tarde!  
mis temores se realizan!
- ELENA. Padre mio.
- MENDOZA. Quién me llama? (Viendo á Elena).  
¡Qué veo! tú aquí hija mia!
- ELENA. Oh! salvadle!
- MENDOZA. Lo sé todo,  
y fuera conducta indigna  
retroceder; ayudarle  
tu padre tan solo ansía.
- ELENA. Os vais también á esponer?...  
(Cesa de repente el furo).  
Pero, ¿no observáis?
- MENDOZA. ¿Qué indica  
este fúnebre silencio?  
Déjame.
- ELENA. No, á vuestra hija  
tendréis con vos que arrastrar,



REMACHA. Con razon:  
al ver tamaña traicion  
no armó mala chamosquina.  
MENDOZA. ¿Quién su indignacion enfrena?  
Voy á morir con Velarde.

## ESCENA XI.

DICHOS.—VELARDE herido conducido por MANOLO y ROMERO.

ELENA. Cielos! (Fuera de sí y corriendo á su encuentro).  
VELARDE. Coronel... ya es tarde.  
ELENA. Velarde! (Corriendo hacia él).  
VELARDE. ¡Querida Elena!  
MENDOZA. Vengar vuestra sangre juro.  
ELENA. Vivirás?  
VELARDE. Todo es en vano...  
el puñal de un italiano  
siempre dá el golpe seguro.  
ELENA. Barbieri!  
MENDOZA. Oh Dios! no prosigas.  
(Mientras se dicen los versos que siguen, el tío Remacha y Romero salen de la escena. Se coloca ademas á Velarde en una silla al lado de la camilla donde yace el cadáver de Daoiz: Elena de rodillas le coge una mano que besa repetidas veces).  
MANOLO. Ya su traicion ha pagado,  
yo le saqué al renegado  
de las filas enemigas.  
MENDOZA. No le dejaste difunto?  
MANOLO. Mayor mi venganza fué  
á la turba le entregué  
que pedazos le hizo al punto.  
VELARDE. (Que ha estado contemplando el cadáver de Daoiz y que vá por grados perdiendo la voz).  
Yo he sido causa ¡inhumano!  
de tu muerte, pero no,  
su fealdad le inmoló!...  
Dejadme estrechar su mano.  
(Le acercan la mano de Daoiz que estrecha con emocion.)  
Amor mio!... (Volviéndose á Elena).  
ELENA. Esposo.  
MENDOZA. Si...  
vuestra union este momento  
consagra.  
VELARDE. Muero.... contento....  
ELENA. Pierde.... el color.... ¡vuelve en tí!



(El pueblo entra precipitadamente en la escena como en retirada: hasta el fin del acto debe figurar que se sostiene el combate en la misma entrada del parque).

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS.—EL TIO REMACHA.—MANOLO.—Pueblo.

- (Varios del pueblo). Nos vencen.  
Que es lo que miro!
- MENDOZA. Inútil es defenderse  
REMACHA. son muchos.
- MENDOZA. Oh! sostenerse  
hasta el último suspiro!  
Amigos, ya á tantas penas  
remedio buscar debemos,  
ya es justo de que empecemos  
á romper nuestras cadenas:  
donde hay un corazon fuerte  
la esclavitud no alla asilo,  
vamos con pecho tranquilo  
á buscar gloria en la muerte.  
No en vuestros ojos el llanto,  
sí el odio, el furor se lea  
y este dia infausto sea  
de las naciones espanto.  
No atrás volvais el camino  
aunque Dios su rayo vibre,  
no....no....
- VELARDE. España.... será libre!... (Espira.)  
(Como haciendo el último esfuerzo).
- ELENA. Ay!
- MENDOZA. ¡Es la voz del destino!  
¿Marchitareis su esperanza?  
No, libres al fin seremos:  
sobre su sangre juremos  
venganza, amigos
- Todos. ¡Venganza!

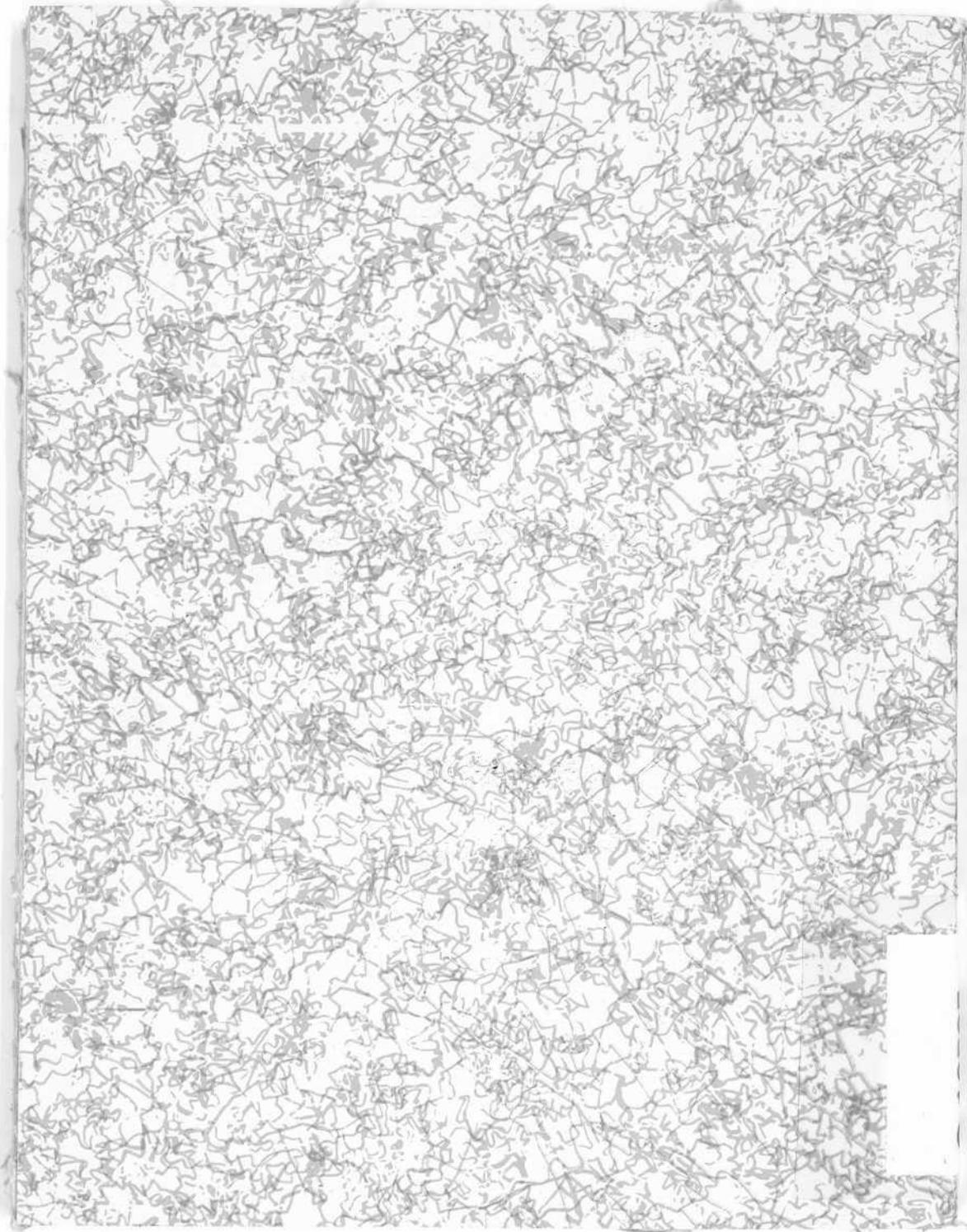
FIN DE LA COMEDIA.



AggMR

to





**G 16525**

